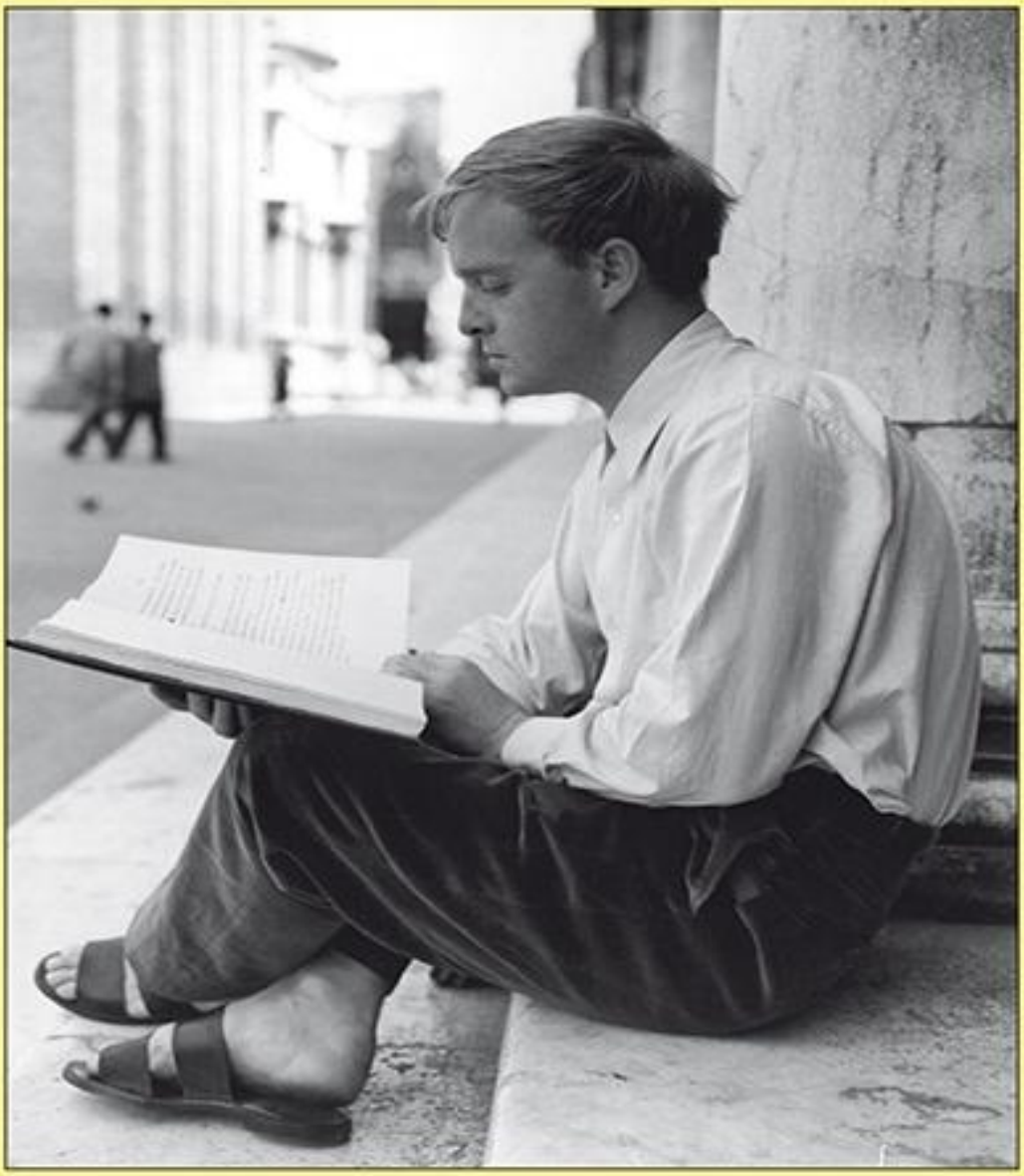
TRUMAN CAPOTE

Relatos tempranos



Lectulandia

Una chica que espera la llegada de su amor en una pequeña población sureña, dos señoras de mediana edad que elucubran sobre el arte de asesinar maridos, un condenado en fuga, dos chicos perdidos en una zona pantanosa, un niño que recibe como ansiado regalo un perro, una anciana solitaria e incomprendida, una mujer negra del Sur que viaja a Nueva York para trabajar como cocinera, una muchacha que parece tenerlo todo y a la que un gesto motivado por los celos le transformará la vida… Éstos son algunos de los personajes que pueblan los cuentos tempranos de Truman Capote reunidos en este volumen.

Son las primeras tentativas literarias de quien se convertiría poco después en uno de los grandes narradores del siglo xx. Textos de su adolescencia y primera juventud, desde los relatos que vieron la luz en la revista del instituto en el que estudiaba hasta los ya ambientados en Nueva York, donde se instaló con la determinación de triunfar como escritor.

Los manuscritos de las catorce piezas recogidas en el libro se han rescatado de entre los documentos del Archivo Truman Capote depositado en la Biblioteca Pública de Nueva York. Los originales, con las correcciones manuscritas del autor, muestran ya su obsesión por conseguir ese estilo tan característico, esa prosa limpia y precisa, vigorosa y liviana al mismo tiempo. Además, permiten descubrir la construcción de un universo literario propio entre el gótico sureño y el cosmopolitismo de Nueva York, y una empatía precoz hacia personajes de un modo u otro marginales, en cualquier caso distintos, según los cánones de la época. Y así, aparecen en estas páginas niños solitarios, hombres sin raíces y sobre todo varios retratos femeninos espléndidamente matizados.

Estos cuentos primerizos, incluso con sus titubeos, muestran ya de forma rotunda el talento de un jovencísimo Truman Capote empeñado en convertirse en escritor, en plasmar el mundo a través de las palabras, en contar historias que nos emocionen.

Lectulandia

Truman Capote

Relatos tempranos

ePub r1.0
Titivillus 11.11.16

Título original: *The Early Stories of Truman Capote*
Truman Capote, 2015
Traducción: Jesús Zulaika Goicoechea

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Truman Capote está de pie en medio de la habitación del motel viendo la televisión. El motel está en el centro del país, en Kansas. Es 1963. La alfombra de mala muerte que hay debajo de sus pies es rígida y firme, pero esa firmeza contribuye a mantenerlo en pie —sobre todo si ha bebido demasiado—. Fuera sopla el viento del Oeste, y Truman Capote, con un vaso de *whisky* escocés en la mano, ve la televisión. Es su forma de relajarse después de un largo día en Garden City o sus alrededores indagando en busca de material para *A sangre fría*, la novela-reportaje que está escribiendo sobre un asesinato múltiple y sus consecuencias. Capote empezó el libro en 1959, pero al principio no era un libro; era un artículo para *The New Yorker*. Su autor lo había concebido originalmente como una pieza encaminada a describir una pequeña comunidad y su respuesta ante la matanza. Pero para cuando llegó a Garden City —los asesinatos se habían cometido en el cercano Holcomb—, Perry Smith y Richard Hickock ya habían sido detenidos y acusados de asesinar al propietario de una granja y su mujer, el señor Herbert Clutter y su mujer, y a sus hijos Nancy y Kenyon. Como consecuencia de estas detenciones, el proyecto inicial cambió de enfoque, y Capote se implicó más en el caso. Pero en aquel instante concreto, al final de la tarde, a Capote le faltaban aún dos años para poner punto final a *A sangre fría*. Estamos en 1963, y Truman Capote está delante del televisor. Tiene cerca de cuarenta años y lleva escribiendo toda su vida. Palabras, historias, cuentos… Se ha dedicado a ello desde niño, cuando crecía en Luisiana y en la Alabama rural, y luego en Connecticut y en Nueva York; es un ciudadano formado por un mundo dividido y culturas opuestas: en el Sur natal había segregación, y arriba, en el Norte, al menos se habla de integración. En ambos lugares se da su condición inquebrantablemente «rara». Amén de la «rareza» de ser escritor. «Empecé a escribir a los ocho años», dijo Capote una vez. «Así, sin más, sin inspirarme en ningún ejemplo. No había conocido a nadie que escribiera; y, ciertamente, conocía a muy pocos que leyeran.» La escritura, por lo tanto, era un rasgo inherente a él, lo mismo que su condición de gay —o, más precisamente, su sensibilidad homosexual observadora, crítica, divertida—. Una serviría a la otra. «Lo más interesante que escribí durante aquellos días», escribiría Capote sobre su etapa de niño prodigio, «eran las observaciones cotidianas y sencillas que registraba en mi diario. Descripciones de un vecino…, cotilleo local. Una especie de “informe”, un modo de “ver” y “oír” que andando el tiempo me influiría en gran medida, aunque entonces no me daba cuenta de ello, ya que toda mi escritura “formal”, el material que tecleaba y publicaba con esmero, era más o menos de ficción.» Y sin embargo es la voz de reportero en los relatos tempranos de Capote —recogidos aquí por vez primera— lo que ha quedado entre sus rasgos más incisivos, junto a su descripción minuciosa de la diferencia. Desde «La señorita Belle Rankin», una historia de inadaptados en una pequeña localidad sureña, escrita cuando Capote tenía diecisiete años:

> Cuando vi por primera vez a la señorita Belle Rankin yo tenía ocho años. Fue un día caluroso de agosto. El sol declinaba ya en el cielo veteado de escarlata, y el calor se alzaba seco y vibrante de la tierra.
>
> Yo estaba sentado en los escalones del porche delantero, viendo acercarse a una mujer negra, y preguntándome cómo podía llevar un bulto de la colada tan enorme encima de la cabeza. Se detuvo y, en respuesta a mi saludo, se echó a reír, con aquella oscura, arrastrada risa de negro. Fue entonces cuando vi que la señorita Belle venía despacio por la otra acera. […]
>
> A partir de entonces la vi muchas veces, pero aquella primera visión, casi de ensueño, será siempre la más clara: la señorita Belle caminando sin hacer ruido por la acera de enfrente, levantando pequeñas nubes de polvo rojo mientras desaparece en el crepúsculo.

Volveremos en un momento a esta mujer negra y a la relación de Capote con la raza negra a lo largo de la primera parte de su carrera. De momento, consideremos a esta negra un producto imaginario del tiempo y el lugar de origen del autor, una especie de doloroso artefacto literario o «sombra» negra, como Toni Morrison ha escrito, que adoptó muchas formas en novelas de grandes pesos pesados blancos de la época de la Depresión como Hemingway, Faulkner y la muy admirada por Capote Willa Cather. Cuando aparece en «La señorita Belle Rankin», el narrador Capote —claramente diferenciado— se distancia de ella llamando la atención hacia su «arrastrada risa de negro», y asustándose fácilmente: al menos su condición de blanco lo salva de *eso*. Capote, en «Lucy» (1941), adopta el punto de vista de otro joven protagonista masculino. Esta vez, sin embargo, pretende identificarse con una mujer negra a quien se trata como a una propiedad. Capote escribe:

> Lucy era sin duda el resultado del amor de mi madre por la cocina sureña. Yo estaba veraneando en el Sur cuando mi madre escribió a mi tía y le pidió que encontrara una mujer de color que cocinara bien y que estuviera dispuesta a trabajar en Nueva York.
>
> Tras rastrear toda la comarca, dio con Lucy.

Lucy es animosa, y adora tanto como su joven compañero blanco el mundo del espectáculo. En realidad le encanta imitar a aquellos cantantes —Ethel Waters, entre otros— que tanto les deleitan a los dos. Pero ¿interpreta Lucy —y quizá Ethel— una especie de comportamiento femenino negro que resulta delicioso porque es familiar? Lucy no es nunca ella misma porque Capote no le otorga un ser. Sin embargo, hay un anhelo de cierto tipo de personaje, un alma y un cuerpo que casen con lo que el joven escritor está examinando en realidad, que resulta que es uno de sus grandes temas: la marginalidad. Más que la raza, en Lucy está su condición de sureña en un clima frío

—clima con el que el narrador, un chico solitario (como lo era Capote, hijo único de una madre alcohólica), se identifica—. Sin embargo, el creador de Lucy no puede hacerla real porque sus propios sentimientos de diferencia no son reales para él mismo —lo que desea es entenderlos—. (En su relato «Deslumbramiento», de 1979, Capote escribe sobre él mismo en 1932: «Yo tenía un secreto, algo que me molestaba, que realmente me preocupaba mucho y que tenía miedo de contárselo a nadie, a *nadie*; no me imaginaba qué reacción podría provocar, era una cosa tan extraña que me inquietaba, que me venía atormentando desde hacía casi dos años[1]». Capote quería ser chica. Y, después de confesárselo a alguien que cree que podría ayudarle a conseguirlo, ese alguien —ella— se ríe.) En «Lucy» —y en muchos otros retazos de sus textos—, el sentimiento tapa las grietas de su visión original y acerada; Lucy está en la dimensión del deseo de Capote de pertenecer a una comunidad literaria y real al mismo tiempo: cuando escribió este relato aún no podía renunciar al mundo blanco; no podía abandonar la mayoría y recluirse en el aislamiento que lleva aparejado ser un artista. Pero «Tráfico Oeste» fue un paso más en la dirección correcta, o un anticipo de su estilo maduro. Compuesto por una serie de escenas cortas, el relato es una especie de historia de misterio sobre la fe y la ley. Comienza:

> Cuatro sillas y una mesa. Encima de la mesa, papel; en las sillas, unos hombres. Ventanas que dan a la calle. En la calle, gente; contra la ventana, lluvia. Se trataba, quizá, de una abstracción, de una mera imagen pintada, pero la gente, inocente, confiada, se movía allí abajo, y la lluvia mojaba la ventana.
>
> Porque los hombres no se inmutaban; el documento legal, preciso, que había sobre la mesa no se movía.

El ojo cinematográfico de Capote —las películas ejercieron en él tanta influencia como los libros y las conversaciones— se aguzaba más y más al ir escribiendo estos textos tempranos, cuyo valor, sobre todo, reside en que nos permite ver adónde habrían de conducirle —técnicamente hablando— textos como «Tráfico Oeste». Este relato supuso sin duda un aprendizaje para llegar a escribir «Miriam», una historia asombrosa sobre una mujer madura y enajenada que vive en una alienante Nueva York cubierta de nieve. (Capote publicó «Miriam» cuando apenas tenía veinte años.) Y, por supuesto, las historias como «Miriam» conducían a otras narraciones de inspiración cinematográfica como «Una guitarra de diamantes» (1950), que, a su vez, prefiguraban las tramas que Capote exploró tan brillantemente en *A sangre fría*, y en «Y luego ocurrió todo» (1979), sobre Bobby Beausoleil, miembro del grupo de Charles Manson. Y así sucesivamente. Truman Capote, el espiritual niño desvalido sin domicilio fijo digno de ese nombre, encuentra su punto de enfoque, o acaso su misión: articular todo aquello que su sociedad y circunstancia no habían descrito hasta entonces, en especial la transitoriedad, y esos momentos de amor heterosexual o de recluido, silente homoerotismo, que segregan a las gentes, a unas personas de

otras. En «Si yo te olvidara», por momentos, una mujer espera el amor, o las ilusiones del amor, pese a la realidad en que está inmersa. Es un relato subjetivo; el amor frustrado siempre lo es. Capote, luego, explora las oportunidades perdidas y el amor desamparado desde el punto de vista de una mujer en «El desconocido familiar». En esta historia una anciana blanca llamada Nannie sueña que recibe la visita de un hombre a un tiempo solícito y amenazador —del modo en que el sexo puede serlo a veces—. Al igual que en la narradora en primera persona del relato magistral de Katherine Anne Porter «Calabazas para la abuelita Weatherall», la dureza de Nannie —su voz quejumbrosa— es el resultado de haber sido rechazada, burlada por el amor, y de la vulnerabilidad que ello comporta. El escepticismo de Nannie se derrama en el mundo, siendo su mundo, en suma, su criada negra Beulah.

Beulah está siempre ahí —apoyándola, solidarizándose con ella—, y sin embargo no tiene rostro, no tiene cuerpo: es una sensación, no una persona. Aquí Capote no está a la altura de su talento en lo que se refiere a la raza. Beulah no es una creación basada en la realidad, en lo que una mujer negra es o representa, sino que pertenece a una raza de ficción. Dejamos atrás a Beulah con urgencia y pasamos a otros trabajos de Capote en los que brilla su sentido de la realidad en la ficción, eso que confiere a su narrativa su peculiar resonancia. Cuando Capote empezó a publicar a mediados y finales de la década de 1940 sus textos de no ficción, eran raras las incursiones en el periodismo de los escritores de ficción —lo consideraban un género menor, pese a la importancia que había tenido para primeros maestros de la novela en lengua inglesa como Daniel Defoe y Charles Dickens, que empezaron como reporteros. (El controvertido y profundo *Robinson Crusoe* de Defoe se inspiró en parte en el diario de un explorador, y en la obra maestra de Dickens *Casa desolada* se alterna la primera persona subjetiva con la tercera persona de los reportajes periodísticos sobre la ley y la sociedad inglesas.) No era habitual, en suma, que los escritores de ficción modernos renunciaran a las libertades relativas de la narrativa para hacer alguna incursión en el periodismo y sus limitaciones, pero creo que a Capote siempre le encantó la tensión inherente a falsear la verdad. Siempre quiso que la realidad se alzara muy por encima de la constatación prosaica de los hechos. (En su primera novela, *Otras voces, otros ámbitos* (1948), el protagonista de la historia, Joel Harrison Knox, reconoce en él ese impulso. Cuando Missouri, la criada negra, pilla a Joel en una mentira, le dice: «Se lo inventa usted todo.» Poco después, Capote escribe: «De alguna manera, al inventarse la historia, Joel se había creído hasta la última palabra.» Luego, en «Autorretrato» (1972), leemos esto:

> Pregunta: ¿Es usted una persona sincera?
>
> Respuesta: Como escritor, sí…, o eso creo. En privado…, bueno, eso ya es opinable; algunos de mis amigos creen que cuando relato un suceso o una noticia, tiendo a transformarla y a elaborarla en exceso. Yo simplemente llamo a eso «darle un poco de vida». En otras palabras, se trata de una forma

de arte. El arte y la verdad no son necesariamente compatibles[2].

En sus maravillosas obras tempranas de no ficción —*Color local* (1950) y la extraña e hilarante *Se oyen las musas* (1956), que cubre la gira de un grupo de actores negros que representan *Porgy y Bess* en el Moscú de la era comunista, y la reacción a veces racista de los rusos ante estos actores—, Capote utiliza unos sucesos reales como trampolín para brindarnos su reflexión sobre los marginados. La mayoría de sus ulteriores obras de no ficción versarán también sobre marginados, sobre vagabundos y proletarios que tratan de abrirse paso en mundos extraños. En «Terror en el pantano» y «La tienda del molino», ambos de principios de la década de 1940, los mundos provincianos que describe tienen un cariz político. Las historias ocurren en mundos donde imperan el machismo y la pobreza, y la confusión y la vergüenza que tales lacras engendran. Estos relatos son «precursores» de *Otras voces, otros ámbitos*, cuya mejor lectura sería la de un reportaje sobre el terreno emocional y racial que contribuyó a formarle. (Capote dijo que este libro clausuraba la primera fase de su vida de escritor. Es también un hito de la literatura de la marginalidad. En esencia, la novela se pregunta qué es lo diferente. En cierto pasaje, Knox oye cómo una chiquilla habla y habla de que su hermana marimacho quiere ser granjera. «¿Qué tiene de malo?», pregunta Joel. Y, ciertamente, ¿qué hay de malo en ello? ¿O en cualquier otra cosa?) En *Otras voces, otros ámbitos*, obra con importantes dosis del simbolismo y drama típicos del gótico sureño, conocemos a Missouri, o Zoo, como a veces se le llama también. A diferencia de sus predecesores literarios, Zoo no está contenta con su vida en las sombras vaciando orinales y escuchando a blancos pendencieros en la casa mórbida de Capote. Pero Zoo no puede liberarse; en el camino hacia la libertad topa con el machismo, la ignorancia y la brutalidad que el autor describe vívidamente en «Terror en el pantano» y «La tienda del molino». Cuando Zoo escapa, la obligan a volver a su vida anterior. Allí, Joel le pregunta si ha conseguido llegar al Norte y ver la nieve. Y Zoo grita: «No hay ninguna nieve. Todo es un montón de tonterías, lo de la nieve y todo eso: ¡ese pecado!, ¡está en todas partes! Es un sol de negros, y mi alma es negra.» La han violado y quemado y sus atacantes eran blancos. Pese al hecho de que Capote dijera que la política no le interesaba («Nunca he votado. Aunque, si me invitaran, supongo que me uniría a cualquier manifestación de protesta: contra la guerra, por la liberación de Angela, la liberación de los homosexuales, la liberación de las señoras, etc.»)[3], siempre formó parte de su vida, ya que su alma era «rara» y él tenía que sobrevivir, lo cual implicaba ser consciente de cómo utilizar esa diferencia, y por qué. Como artista, Truman Capote concebía la verdad como una metáfora tras la que ocultarse, la mejor forma de mostrarse ante un mundo no precisamente cordial con un «marica» nacido en el Sur y con una voz aflautada que en cierta ocasión le espetó a un camionero de mirada reprobadora: «¿Qué está mirando? A usted no le besaría ni aunque me dieran un dólar.» De este modo, dio a sus lectores —gays y no gays— permiso para imaginar su verdadero ser

en una situación real: en Kansas, mientras se documenta para *A sangre fría*; viendo la televisión, porque es interesante imaginárselo siguiendo las noticias del momento, como aquella sobre las cuatro chicas negras a quienes el racismo y la maldad (el Ku Klux Klan) hicieron saltar en pedazos en una iglesia de Birmingham, Alabama, uno de sus estados de origen, y quizá preguntándose cómo, en calidad de autor de *Desayuno en Tiffanny's* (1958), había podido escribir que Holly Golightly, protagonista de la historia, pedía un cigarrillo y luego añadía: «No me refiero a ti, O. J. Tú eres un cerdo. Con esos labios de negro que tienes los dejas siempre chupados.» La mejor narrativa de Capote es fiel a su homosexualidad, y decae cuando no logra zafarse de los modos del único modelo de varón gay que probablemente llegó a conocer cuando crecía en Luisiana y Alabama: un «marica» melancólico, impregnado de nostalgia y madreselva, el primo Randolph, que «entiende» a Zoo porque la realidad de ésta no interfiere en su narcisismo —al menos él no era *así*—. Al escribir en su época y de su época, Capote trascendió ambas cosas convirtiéndose en artista, un artista que presagiaba nuestro tiempo perfilando la verdad que hay detrás de la invención.

HILTON ALS,
crítico de *The New Yorker*

Los caminos se separan

Había llegado el crepúsculo; las luces de la ciudad distante empezaban a encenderse; por la carretera caliente y polvorienta que partía de la ciudad venían dos figuras: una, la de un hombre grande y poderoso; la otra, la de alguien joven y delicado.

El llameante pelo rojo de Jake le orlaba la cabeza, y sus cejas parecían cuernos, y sus músculos abultados tenían un aire amenazador. El mono estaba ajado y descolorido, y los dedos de los pies le sobresalían por los agujeros de los zapatos. Se volvió hacia el chico que caminaba a su lado y dijo:

—Creo que es hora de prepararnos para pasar la noche. Ven, chico, toma este bulto y extiéndelo ahí en el suelo; luego coge un poco de leña, y date prisa. Quiero hacer la cena antes de que se haga de noche. No nos tiene que ver nadie. Venga, vete, deprisa…

Tim obedeció las órdenes y se puso a recoger la leña. Bajaba los hombros delgados por el esfuerzo, y en la cara demacrada se le marcaban los huesos. Sus ojos eran débiles pero amables; fruncía los labios rosados mientras se afanaba en el empeño.

Hizo un ordenado montón con la leña mientras Jake cortaba lonchas de beicon y las ponía en una sartén untada de grasa. Luego, cuando ya tenía la leña preparada para la fogata, se buscó una cerilla en el mono.

—Maldita sea, ¿dónde he puesto esas cerillas? ¿Dónde están? No las tendrás tú, ¿eh, chico? Joder, no creo… Ah, aquí están.

Sacó del bolsillo un librillo de cerillas, encendió una y protegió la débil llama con sus manos rudas.

Tim puso la sartén con el beicon sobre el fuego, que empezaba a prender con fuerza. El beicon siguió sin encogerse durante un minuto más o menos, y luego lanzó unos crujidos tenues y empezó a freírse. Invadió el aire un olor a rancio. La cara enfermiza de Tim adquirió una tonalidad aún más enfermiza con el humo.

—Oye, Jake, no sé si voy a poder comer esa porquería. No me parece que esté bien. Creo que está rancia.

—Pues o comes eso o nada. Si no hubieras sido tan tacaño con esas monedas sueltas, podríamos habernos comprado algo mejor. Joder, chico, tenías diez dólares, nada menos. No hace falta tanto para llegar a casa.

—Sí, sí que hace falta. Lo tengo todo calculado. El billete de tren va a costarme cinco dólares, y quiero comprarme un traje nuevo por unos tres dólares, y también quiero comprarle algo bonito a mamá por un dólar o así; y calculo que en la comida voy a gastarme otro dólar. Quiero tener un aspecto decente. Mamá y los demás no saben que he estado de vagabundo por el país los últimos dos años. Creen que soy viajante de comercio… Eso es lo que les dije por carta; creen que vuelvo a casa para

quedarme un tiempo antes de volver a salir de viaje a alguna parte.

—Tendría que haberte quitado ese dinero… Estoy muerto de hambre. Creo que voy a quitarte esas monedas…

Tim se puso de pie, desafiante. Su cuerpo débil, frágil, era insignificante comparado con el de Jake, lleno de músculos abultados. Jake lo miró y se echó a reír. Apoyó la espalda contra un árbol y estalló en carcajadas.

—Mira el gallito… Podría machacar ese montón de huesos que eres. Romperte cada hueso del cuerpo, pero como has sido bueno conmigo, robando cosas para mí y demás, te dejaré quedarte con el dinero de bolsillo.

Volvió a reír. Tim lo miraba receloso y se sentó en una roca.

Jake sacó dos platos de hojalata de un saco y sirvió tres lonchas de beicon en el suyo y una en el de Tim. Tim lo miró.

—¿Y mi otra loncha? —reclamó.

Jake lo miró.

—Creí que habías dicho que no querías ni probar este beicon rancio.

Llevándose las manos a las caderas, dijo estas últimas palabras con voz aguda, sarcástica, femenina.

Tim recordó haberlo dicho, pero tenía hambre; hambre y frío.

—No importa. Quiero mi otra loncha. Tengo hambre. Podría comer cualquier cosa. Venga, Jake, dame mi otra loncha.

Jake se rió, y se metió en la boca las tres lonchas.

No se dijo ni una palabra más. Tim se fue con aire mohíno hacia un rincón, y, alargando la mano desde donde estaba sentado, cortó unas ramitas de pino y las fue colocando en el suelo. Cuando terminó de hacerlo, el silencio tenso se le hizo insoportable.

—Perdona, Jake, ya sabes cómo son estas cosas. Estoy muy inquieto por la vuelta a casa y todo eso. Y también tengo mucha hambre, pero…, Dios, supongo que lo único que puedo hacer es apretarme el cinturón.

—Qué diablos. Lo que puedes hacer es coger un poco de esa pasta que tienes e ir a buscar comida decente. Sé lo que estás pensando. ¿Por qué no robamos algo de comida? Pero qué diablos, a mí no me van a pillar robando en este sitio. Me han contado unos compinches que ése —señaló con un dedo las luces de la ciudad— es uno de los sitios más duros de este lado de ninguna parte. Vigilan a los vagabundos como auténticas águilas.

—Supongo que tienes razón, pero entenderás que yo no vaya a arriesgarme a perder ni un centavo de mi dinero. Tiene que durarme, porque es todo lo que tengo y todo lo que voy a tener en unos cuantos años. No voy a decepcionar a mamá por nada del mundo.

La mañana llegó gloriosa; el gran disco naranja llamado sol se alzó como un mensajero del cielo en el lejano horizonte. Tim se había despertado justo a tiempo para ver amanecer.

Sacudió a Jake, que dio un brinco y preguntó:

—¿Qué quieres? ¡Oh! Es hora de levantarnos. Diablos, cómo odio levantarme.

Dejó escapar un enorme bostezo y estiró los brazos poderosos todo lo jejos del tronco que pudo.

—Seguro que va a hacer un día de mucho calor, Jake. Te aseguro que me va a encantar no tener que andar. O sea, no tener que entrar en la ciudad más que hasta la estación de tren.

—Sí, chico. Mírame a mí: no tengo adónde ir, pero voy a ir allí caminando bajo el sol sofocante. Me gustaría que siempre fuera como al principio de la primavera, ni mucho calor ni mucho frío. Me empapo de sudor en verano y me congelo en invierno. Un clima infernal. Me gustaría irme a Florida en invierno, pero creo que allí ya no queda mucho que rascar.

Avanzó unos pasos y empezó a sacar de nuevo los utensilios de freír. Buscó en el bulto y sacó un cubo.

—Toma, chico: vete a aquella granja de allí arriba, como a medio kilómetro, y trae agua.

Tim cogió un cubo y empezó a subir por el camino.

—Eh, chico, ¿no vas a coger la chaqueta? ¿No tienes miedo de que te birle la pasta?

—No. Creo que puedo fiarme de ti.

Pero en el fondo del corazón sabía que no podía. La única razón por la que no había vuelto era que no quería que Jake supiera que no confiaba en él. Pero lo más probable era que Jake lo supiera también.

Caminó pendiente arriba con esfuerzo. Era un camino sin asfaltar, pero el polvo seguía fijado al suelo a aquella hora temprana de la mañana. La casa blanca se hallaba un poco más allá. Al llegar a la verja, vio que el granjero salía del establo con un cubo en las manos.

—Eh, señor, ¿podría llenar este cubo de agua?

—Sí, supongo. Allí está la bomba.

Señaló con un dedo sucio la bomba que había en el patio. Tim entró y fue hasta el patio. Agarró la manivela de la bomba y empezó a subirla y bajarla. De pronto salió el agua y formó un reguero frío. Tim se agachó, pegó la boca al caño y dejó que el líquido frío le entrara en la garganta y le rebosara por los labios. Después de llenar el cubo echó a andar camino abajo hacia donde estaba Jake.

Se abrió paso entre los matorrales y llegó al claro. Jake estaba doblando la bolsa.

—Maldita sea, ya no queda nada de comer. Pensaba que al menos quedarían un par de lonchas de ese beicon…

—Oh, está bien. Cuando vaya a la ciudad comeré como Dios manda… Y puede que te invite a un café… y un bollo.

—Vaya, qué generoso…

Jake lo miró con desagrado.

Tim levantó su chaqueta y metió la mano en el bolsillo. Sacó una billetera de cuero gastado y abrió el cierre.

—Voy a sacar la pasta que me llevará a casa.

Repitió las palabras varias veces, acariciándolas cada vez.

Metió la mano en la billetera, y la sacó… vacía. Una expresión de horror e incredulidad se dibujó en su semblante. Desgarró como un loco el billetero y corrió de un lado a otro rebuscando entre las agujas de los pinos. Corrió con furia dando vueltas como un animal en una trampa…, y entonces vio a Jake. Su pequeña osamenta se sacudió, enfurecida. Y la emprendió con su compinche.

—Devuélveme el dinero, ladrón, mentiroso, me lo has robado… Te mataré si no me lo devuelves. ¡Devuélvemelo! ¡Te voy a matar! Prometiste no quitármelo. ¡Ladrón, embustero, tramposo! Dámelo, o te mato.

Jake lo miró, atónito, y dijo:

—Oye, Tim, chico, yo no lo tengo. Puede que lo hayas perdido; puede que esté aún entre las agujas de esos pinos. Vamos, seguro que lo encontramos.

—No, no está ahí. Ya he mirado. Me lo has robado. No hay nadie más aquí. Me lo has robado tú. ¿Dónde lo has metido? Devuélvemelo, tú me lo has quitado… ¡Devuélvemelo!

—Te juro que no lo tengo. Te lo juro por mis principios.

—Tú no tienes principios. Jake, mírame a los ojos y dime que te caigas muerto si tienes mi dinero.

Jake se volvió. Su pelo rojo parecía aún más rojo a la luz viva de la mañana, y sus cejas más puntiagudas. La barbilla sin afeitar le despuntaba sobremanera, y se le veían los dientes amarillos a un lado de la boca alzada y torcida.

—Juro que no tengo tus diez dólares. Si no te estoy diciendo la verdad, que la próxima vez que quiera subirme a un tren me pase por encima.

—Está bien, Jake, te creo. ¿Y dónde podría estar mi dinero? Sabes que yo no lo tengo. Así que, si tampoco lo tienes tú, ¿dónde está?

—Todavía no has buscado por aquí. Mira por todas partes. Tiene que estar en algún sitio. Venga, te ayudaré a buscarlo. No puede haberse ido andando.

Tim corría de un lado para otro, repitiendo:

—¿Y si no lo encuentro? No puedo ir a casa, no puedo aparecer con esta pinta.

Jake miraba aquí y allá con escaso entusiasmo. Su cuerpo grande se inclinaba y buscaba entre las agujas de los pinos, y dentro del saco. Tim se quitó la ropa y se quedó desnudo en medio del claro, arrancando las costuras del mono en busca del dinero.

Casi entre sollozos, se sentó encima de un tronco.

—Será mejor que lo dejemos. No está aquí. No está en ninguna parte. No puedo ir a casa. Y quiero ir a casa. ¡Oh! ¿Qué dirá mamá? Por favor, Jake, ¿lo tienes tú?

—¡Maldita sea, te digo por última vez que NO! Si me lo vuelves a preguntar te rompo la crisma.

—Muy bien, Jake. Creo que lo que voy a tener que hacer es seguir vagabundeando por ahí contigo durante un tiempo, hasta que pueda conseguir el dinero suficiente para volver a casa. Puedo escribirle una postal a mamá diciéndole que me han mandado de viaje otra vez, y que iré a visitarla más adelante.

—No pienso dejar que vengas más conmigo. Estoy harto de chiquillos como tú. Tendrás que buscarte la vida por tu cuenta.

Jake se dijo para sus adentros:

«Quiero que venga conmigo, pero hago mal. Puede que si lo dejo solo entre en razón, vuelva a casa y haga algo con su vida. Eso es lo que tendría que hacer: volver a casa y decir la verdad.»

Se sentaron los dos en un tronco. Por fin Jake dijo:

—Chico, si vas a irte será mejor que te vayas ya. Venga, levántate; son ya casi las siete, y tienes que ponerte en marcha.

Tim cogió la mochila y echaron a andar juntos en dirección al camino. La poderosa estampa de Jake, al lado de Tim, resultaba un tanto paternal. Era como si estuviera protegiendo a un niño pequeño. Llegaron al camino y se volvieron el uno hacia el otro para decirse adiós.

Jake miró los ojos claros de Tim, de un azul acuoso.

—Bueno, hasta la vista, chico. Démonos la mano y separémonos como amigos.

Tim tendió la mano minúscula. Jake la envolvió en su garra enorme. Le dio un vivo apretón, y el chico dejó que le sacudiera la mano, laxa. Jake la soltó al fin y el chico notó algo en la mano. La abrió. Y allí estaba el billete de diez dólares. Jake ya se alejaba deprisa, y Tim echó a correr hacia él. Quizá no fuera sino la luz brillante del sol reflejándose en sus ojos, aunque, bien pensado, quizá en realidad fueran lágrimas.

La tienda del molino

La mujer miró a través de la ventana trasera de la tienda, absorta en los niños que jugaban alegremente en el agua luminosa del arroyo. El cielo estaba absolutamente limpio, y el sol del Sur caldeaba con intensidad la tierra. La mujer se secó el sudor de la frente con un pañuelo rojo. El agua, que discurría rauda sobre los brillantes cantos rodados del fondo del arroyo, parecía fría y tentadora. Si aquellos excursionistas no estuvieran allí abajo, pensó, juro que ahora mismo iba y me sentaba en el agua para refrescarme. ¡Uf!

La gente, casi todos los sábados, venía de la ciudad a pasar la tarde merendando y divirtiéndose en las orillas de guijarros del arroyo del molino, mientras sus hijos chapoteaban en el agua poco profunda. Aquella tarde, un sábado de finales de agosto, habían organizado una merienda de la escuela dominical. Tres señoras mayores, profesoras de catecismo, corrían nerviosas por la umbría, ocupándose de los niños a su cargo.

La mujer que miraba por la ventana se volvió hacia el interior de la tienda —oscuro, por contraste con la luminosidad del exterior— en busca de un paquete de cigarrillos. Era una mujer grande, morena y bronceada. Su pelo, muy corto, era negro y tupido. Llevaba un vestido barato de calicó. Encendió un cigarrillo y, al acusar el humo, frunció el ceño. Torció la boca e hizo una mueca. Era el único problema que le ocasionaba fumar: le dolían las úlceras de la boca. Aspiró con brusquedad, y la succión alivió momentáneamente las punzadas de las llagas.

Debe de ser el agua, pensó. No estoy acostumbrada a beber agua de pozo. Había llegado a la ciudad tres semanas atrás en busca de trabajo. Y el señor Benson le había ofrecido la posibilidad de trabajar en la tienda del molino, y ella había aceptado. Pero no le gustaba aquello: estaba a unos ocho kilómetros de la ciudad, y ella no era muy *propensa* a caminar. Había demasiado silencio, y por la noche, con el canto de los grillos y el croar de soledad de las ranas toro, era un manojo de nervios.

Miró el despertador barato. Eran las tres y media, para ella la hora más solitaria e interminable del día. El aire de la tienda estaba viciado; olía a queroseno, a harina de maíz recién molido y a dulces rancios. Se asomó a la ventana. El sol de media tarde de agosto pendía ardiente del cielo.

La tienda se hallaba en una de las riberas de arcilla roja del arroyo. A un lado se alzaba un molino grande y destartalado, que llevaba sin utilizarse seis o siete años. Una presa desvencijada de madera gris contenía las aguas embalsadas procedentes del arroyo que discurría entre los bosques como una cinta de ópalo oliváceo. Los excursionistas tenían que pagar un dólar al molino por el uso del terreno y por pescar en el embalse. Un día había ido a pescar, pero lo único que había pescado eran un par de barbos escuálidos y un par de serpientes mocasín. ¡Lo que había gritado al sacar del agua a las serpientes, cuyos cuerpos viscosos se retorcían y destellaban al sol, con el anzuelo clavado en las ponzoñosas bocas de algodón! Tras levantar del agua a la

primera, había tirado la caña y el sedal al suelo y había corrido hacia el molino y se había pasado el resto del húmedo día consolándose con revistas de cine y una botella de *bourbon*.

Pensaba en ello mientras miraba a los niños que chapoteaban en el agua. Se rió un poco al recordarlo, pero seguían dándole miedo las cosas viscosas.

De pronto una voz tímida dijo a su espalda:

—¿Señorita…?

Se sobresaltó; dio un respingo y se volvió con una mirada fiera.

—No tienes por qué ser tan sigilosa… Bueno, niña, ¿qué es lo que quieres?

La niña apuntó con el dedo una vitrina anticuada llena de dulces baratos —grageas, pastillas de goma, bastones de caramelo con sabor a menta, rompemuelas, todo mezclado—. Al tiempo que la niña señalaba sus objetos de deseo la mujer los alcanzaba en la vitrina y los metía en una bolsita de papel de estraza. Se quedó mirando con suma atención a la niña mientras ésta elegía sus compras una a una. Le recordaba a alguien. Sus ojos. Eran brillantes, como un par de burbujas de cristal azul. Y de un tono tan claro, tan celeste. El pelo le caía en ondas casi hasta los hombros. Era fino, del color de la miel. Piernas, brazos y cara eran morenos (casi demasiado oscuros). La mujer veía que la niña había estado mucho tiempo expuesta al sol. No podía evitar mirarla.

La niña alzó la vista desde sus compras y preguntó con timidez:

—¿Tengo algo mal?

Se miró el vestido para ver si estaba roto.

La mujer sintió embarazo. Miró hacia abajo con rapidez y se puso a enrollar el extremo abierto de la bolsa.

—Claro que no… No, no, en absoluto.

—Oh, pensaba que tenía algún roto porque me ha mirado de forma rara.

La niña pareció tranquilizarse.

La mujer se inclinó sobre el mostrador, le tendió la bolsa a la niña y le tocó el pelo. No pudo evitarlo; parecía tan delicado, tan parecido a mantequilla amarilla dulce.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —le preguntó.

La niña parecía asustada.

—Elaine —dijo. Cogió la bolsa, dejó unas cuantas monedas calientes en el mostrador y salió deprisa de la tienda.

—Adiós, Elaine… —dijo a su espalda la mujer, pero la niña estaba ya fuera de la tienda y cruzaba apresuradamente el puente para reunirse con sus compañeros.

Qué cosa más increíble, pensó. Los ojos de esa niña son idénticos a los de él. Esos malditos ojos. Se sentó en una silla de un rincón de la tienda, dio una última chupada al cigarrillo y lo aplastó en el suelo con el pie. Bajó la cabeza hasta el regazo y se quedó medio dormida. Dios, pensó en el duermevela, esos ojos…, y —se lamentó— estas malditas aftas.

La despertaron cuatro chicos sacudiéndola por los hombros y dando brincos por la tienda con una agitación alborotada.

—¡Despierte! —gritaban—. ¡Despierte!

Los miró durante un instante con ojos legañosos. Tenía las mejillas calientes. Las aftas le ardían en la boca. Se pasó la lengua por ellas sin el menor cuidado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—¿Tiene teléfono, o coche, señora, por favor? —preguntó uno de los chicos presa de excitación.

—No, no tengo —dijo la mujer, ya del todo despierta—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? La presa no se ha roto, ¿verdad?

Los chicos seguían brincando. Estaban demasiado agitados para quedarse quietos; daban saltos de un lado para otro, gimiendo.

—Oh, ¿qué vamos a hacer? ¡Se va a morir, se va a morir…!

La mujer se estaba poniendo muy nerviosa.

—¿Qué diablos ha pasado? ¡Decídmelo, pero rápido!

—A una niña le ha picado una serpiente —gimoteó un chico menudo y regordete.

—Santo Dios. ¿Dónde?

—Ahí abajo, en el arroyo —dijo el chico, señalando la ventana con un dedo.

La mujer salió corriendo de la tienda. Cruzó el puente y bajó a la orilla de guijarros. Al otro extremo había un grupo de gente. Una de las catequistas corría de aquí para allá, gritando a voz en cuello. Algunos niños se habían quedado a un lado, con los ojos fijos y llenos de horror y asombro ante lo que había dado al traste con su tarde de asueto.

La mujer se abrió paso entre la gente y vio a la niña que yacía en la arena. Era la niña con los ojos como burbujas de un rutilante cristal azul.

—Elaine… —exclamó la mujer.

Todos volvieron la cabeza hacia la recién llegada. La mujer se arrodilló al lado de la niña y examinó la herida, que ya se estaba hinchando y cambiando de color. La niña temblaba, lloraba y se daba con la mano en la cabeza.

—¿No tienen coche? —preguntó la mujer a una de las catequistas—. ¿Cómo han venido?

—Hemos venido caminando —respondió la mujer, con los ojos llenos de miedo y consternación.

La mujer se retorció las manos, furiosa.

—Miren —dijo—. Esta niña está grave. Puede morirse.

Todos la miraron; nada más. ¿Qué podían hacer? Estaban inertes; no eran más que tres mujeres tontas y un montón de niños.

—Está bien, está bien —gritó la mujer—. Vosotros, vosotros subid ahí arriba deprisa y traed un par de gallinas. Y ustedes —les dijo a las mujeres— hagan que alguien vuelva corriendo a la ciudad a buscar un médico. Deprisa. Deprisa. No tenemos ni un segundo que perder.

—Pero ¿qué podemos hacer ahora por la niña? —preguntó una de las mujeres.

—Miren lo que hay que hacer —dijo la mujer.

Volvió a arrodillarse al lado de la niña y examinó la herida. La hinchazón había aumentado. Sin vacilar un instante la mujer pegó la boca a la herida. Succionó y succionó, deteniéndose cada varios segundos y escupiendo lo que tenía en la boca. Sólo quedaban unos cuantos niños y una de las catequistas. Lo contemplaban todo con una fascinación y una admiración horrorizadas. La cara de la niña cambió a una palidez de tiza y perdió el conocimiento. La mujer escupió saliva mezclada con veneno. Luego se levantó y corrió hasta el arroyo. Se enjuagó la boca y emitió un gorgoteo furioso.

Llegaron los niños con las gallinas. Tres gallinas grandes y rollizas. La mujer agarró por las patas a una de ellas y la abrió en canal con una navaja. La sangre caliente se deslizó por encima de la herida de la niña.

—La sangre absorbe lo que queda de veneno —explicó.

Cuando la gallina se puso verde, le rajó la panza a otra y la pegó a la herida.

—Venga —dijo—, ahora levántenla y llévenla a la tienda. Esperaremos allí al médico.

Los niños corrieron raudos hacia la tienda con la niña bien acomodada sobre los brazos de unos y otros. Cruzaban el puente cuando la catequista dijo:

—La verdad es que no sé cómo podríamos agradecerle lo que está haciendo. Ha sido tan, tan…

La mujer la apartó a un lado y apretó el paso por el puente. Las aftas le quemaban insoportablemente a causa del veneno, y se sintió muy mal al pensar en lo que había hecho.

Hilda

I

—Hilda…, Hilda Weber, ¿quieres venir aquí un momento, por favor?

Hilda se acercó rápidamente a la parte delantera de la clase y se quedó de pie junto a la mesa de la señorita Armstrong.

—Hilda —dijo con voz suave la señorita Armstrong—. Al señor York le gustaría verte cuando terminen las clases.

Hilda se quedó un instante con la mirada fija, inquisitiva, y luego se sacudió de un lado a otro el largo pelo negro, que le tapó parcialmente la cara agradable.

—¿Está segura, señorita Armstrong? No he hecho nada.

Su voz sonaba asustada, pero muy madura para una chica de dieciséis años.

La señorita Armstrong pareció molesta.

—Yo sólo puedo decirte lo que dice esta nota.

La señorita Armstrong tendió una hoja de papel blanco a su alumna alta y esbelta.

Hilda Weber — al despacho a las 3.30
Sr. York — director

Hilda volvió despacio a su pupitre. El sol entraba con fuerza por la ventana y le hizo parpadear. ¿Por qué la llamaba el director? Era la primera vez que la convocaba a su despacho, y llevaba en el Mount Hope High casi dos años.

II

En algún recoveco de su inconsciente había un miedo vago. Tenía la sensación de que sabía por qué quería verla el director —pero no, no podía ser eso: nadie lo sabía, ni lo sospechaba siquiera—. Ella era Hilda Weber, una alumna trabajadora, estudiosa, tímida, modesta. Nadie sabía «eso». ¿Cómo podría saberlo?

Se tranquilizó un poco. Debía de ser otra la razón por la que el director quería verla. Quizá quería que formara parte del comité para el Baile de Graduación. Sonrió levemente y levantó el libro de latín, voluminoso y verde.

Cuando sonó el timbre de salida, Hilda fue directamente al despacho del director. Entregó la nota a la secretaria de aire suficiente en la salita de espera. Cuando se le dijo que entrara, tuvo la sensación de que se le doblaban las piernas. Estaba agitada, nerviosa, inquieta.

Hilda había visto al señor York en los pasillos del instituto y le había oído hablar en las asambleas escolares, pero no recordaba haber hablado nunca con él personalmente. Era un hombre alto de cara delgada coronada por un gran penacho de pelo rojo. Tenía los ojos azules, de una tonalidad de mar, y de momento se comportaba con gran afabilidad.

Hilda entró en el despacho, de mobiliario modesto, con ojos preocupados y tez pálida.

III

—¿Eres Hilda Weber?

Sus palabras eran más una afirmación que una pregunta. La voz del señor York era grave y agradable.

—Sí, señor, soy Hilda Weber.

A Hilda le sorprendió la calma de su voz. En su interior estaba fría y nerviosa, y sus manos agarraban con tanta fuerza los libros que sentía en ellas un cálido sudor. Había algo terrible y aterrador en el hecho de verse ante el director del instituto, pero sus ojos amables la desarmaron.

—Veo en tu expediente —dijo, levantando una cartulina amarilla— que estás en el cuadro de honor, que vienes de un internado de Ohio y que actualmente eres una alumna de secundaria en nuestro Mount Hope High School. ¿Es así? —preguntó.

Hilda asintió con la cabeza y miró al director fijamente.

—Dime, Hilda, ¿qué es lo que más te interesa?

—¿En qué sentido, señor?

Debía mantener la guardia.

—Bueno, en el sentido de tu futura carrera en la vida.

Había cogido un llavero dorado de la mesa y jugueteaba con él en la mano.

—Pues… no lo sé, señor. Pensaba que me gustaría ser actriz. Siempre me ha interesado mucho el arte dramático.

Sonrió, y desplazó la mirada de la cara delgada del director a la cadena dorada que se enredaba entre sus dedos.

—Ya —dijo el director—. Te lo pregunto sólo porque me gustaría entenderte. Es muy importante que te entienda. —Hizo girar la silla y se sentó muy erguido frente a la mesa—. Sí, muy importante —añadió, y Hilda advirtió que su aire de informalidad había cesado.

IV

Hilda manoseó los libros, nerviosa. El director aún no la había acusado de nada, pero ella sabía que se había ruborizado; sentía el calor en toda la cara. De pronto el espacio cerrado del despacho se le antojó insoportable.

El director dejó el llavero de cadena en la mesa. Se preparaba para hablar. Hilda lo supo por su respiración brusca y fuerte, pero no se atrevió a mirarle a la cara porque sabía lo que iba a decirle.

—Hilda, supongo que sabes que ha habido un montón de robos en las taquillas de las chicas. —Hizo una pausa—. Lleva pasando ya un tiempo…, pero no hemos sido capaces de atrapar a la chica que está robando a sus compañeras. —Hablaba con lentitud y severidad—. ¡No hay sitio para una ladrona en este instituto! —dijo con solemnidad.

Hilda miró con fijeza sus libros. Le temblaba la barbilla y se mordió los labios. El señor York se levantó a medias de su silla y volvió a sentarse. Ambos siguieron unos instantes en un silencio tenso. Al cabo el director alargó la mano, abrió un cajón de su escritorio, sacó una pequeña caja azul y vació su contenido sobre el tablero. Dos anillos de oro, una pulsera de dijes y algunas monedas.

—¿Reconoces esto? —le preguntó.

Hilda se quedó mirándolo durante largo rato. Cuarenta y cinco segundos de reloj. Los objetos se desdibujaban ante sus ojos.

—¡Pero yo no he robado esas cosas, señor York, si es eso lo que quiere decir!

V

El director dejó escapar un suspiro.

—Se han encontrado en tu taquilla, y además… ¡llevamos vigilándote ya un tiempo!

—Pero yo no he… —dejó la frase en suspenso: era inútil.

Al final, el señor York dijo:

—Pero lo que no entiendo es por qué una chica como tú ha podido hacer algo semejante. Eres brillante, y, por lo que yo he podido ver, vienes de una buena familia. Francamente, estoy muy confuso.

Hilda siguió en silencio, manoseando sus libros y sintiendo que las paredes se iban estrechando y el espacio se hacía más angosto, como si algo tratara de asfixiarla.

—Bien —continuó el director—. Si no vas a darme ninguna explicación, me temo que poco voy a poder hacer por ti. ¿No te das cuenta de la gravedad del hecho?

—No es eso —dijo Hilda con voz áspera—. No es que no quiera decirle por qué he robado esas cosas; es que no sé cómo decírselo, porque tampoco lo sé yo.

Sus hombros delgados se agitaban; todo su cuerpo temblaba con violencia.

Él la miró a la cara; cuán duro castigar la flaqueza de una adolescente. Estaba visiblemente conmovido, lo sabía. Fue hasta la ventana y ajustó la persiana.

Hilda se levantó. La invadía un odio nauseoso contra aquel despacho y aquellas baratijas brillantes de encima de la mesa. Oyó la voz del señor York, y parecía llegarle de muy lejos.

VI

—Es un asunto muy grave; me temo que tendré que reunirme con tus padres.

Los ojos de Hilda brincaron de miedo.

—¿Va a tener que decírselo a mis…?

—Por supuesto que sí —respondió el señor York.

A Hilda, de pronto, dejó de importarle todo salvo huir de aquel pequeño despacho blanco de feo mobiliario y de su ocupante pelirrojo y de los anillos y la pulsera y el dinero. ¡Los odiaba!

—Puedes irte.

—Sí, señor.

Una vez solo, se ocupó de volver a meter las baratijas en la cajita azul. Hilda cruzó despacio la antesala, avanzó por el pasillo largo y vacío y salió a la luz viva del sol de la tarde de abril.

Entonces, de súbito, echó a correr, y corrió más y más rápido. Recorrió la calle del instituto, entró en el centro urbano y enfiló la larga calle mayor. No le importaba que la mirasen; lo único que quería era llegar lo más lejos posible. Corrió hasta el otro extremo del pueblo y entró en el parque. Había apenas unas cuantas mujeres con sus cochecitos de niño. Tropezó con uno de los bancos vacíos y se apretó con el brazo el costado dolorido. Al cabo de un rato dejó de dolerle. Abrió el libro de latín, voluminoso y verde, y, tras sus tapas protectoras, se puso a llorar quedamente, jugueteando de forma inconsciente con el llavero de cadena dorada que tenía en el regazo.

La señorita Belle Rankin

Cuando vi por primera vez a la señorita Belle Rankin yo tenía ocho años. Fue un día caluroso de agosto. El sol declinaba ya en el cielo veteado de escarlata, y el calor se alzaba de la tierra seco y vibrante.

Yo estaba sentado en los escalones del porche delantero, viendo acercarse a una mujer negra, y preguntándome cómo podía llevar un bulto de la colada tan enorme encima de la cabeza. Se detuvo y, en respuesta a mi saludo, se echó a reír, con aquella oscura, arrastrada risa de negro. Fue entonces cuando vi que la señorita Belle venía despacio por la otra acera. La lavandera la vio y, como si se hubiera llevado un susto, dejó a medias la frase y siguió apresuradamente su camino.

Me quedé mirando fijamente a aquella desconocida que se acercaba por la acera de enfrente y que había sido capaz de hacer que la lavandera actuara de un modo tan extraño. Era una mujer menuda, toda vestida de un negro veteado y polvoriento, increíblemente vieja y arrugada. Le surcaban la frente unas finas hebras de pelo gris, húmedo de sudor. Caminaba con la cabeza agachada y la mirada fija en la acera sin pavimentar, casi como si buscara algo que hubiera perdido. Un viejo sabueso negro y marrón iba a su espalda, siguiendo erráticamente los pasos de su ama.

A partir de entonces la vi muchas veces, pero aquella primera visión, casi de ensueño, será siempre la más clara: la señorita Belle caminando sin hacer ruido por la acera de enfrente, levantando pequeñas nubes de polvo rojo mientras desaparece en el crepúsculo.

Años después estaba sentado en el *drugstore* de la esquina, del señor Joab, tomándome uno de los batidos de su especialidad. Yo estaba a un extremo de la barra, y al otro había dos holgazanes habituales bien conocidos en el pueblo y un desconocido.

Éste tenía un aspecto mucho más respetable que la gente que frecuentaba el local del señor Joab. Pero fue lo que estaba diciendo con voz pausada y ronca lo que llamó mi atención:

—¿Sabéis de alguien de por aquí que tenga membrillos japoneses para vender? Estoy reuniendo cierta cantidad de buenos ejemplares para una señora del Este que se está haciendo una casa en Natchez.

Los dos ociosos se miraron, y uno de ellos, gordo y con ojos enormes, y muy amigo de burlarse de mí, dijo:

—Bueno, señor, le diré que la única persona de por aquí que yo conozca que tiene unos ejemplares muy bonitos es una vieja muy rara, la señorita Belle Rankin. Vive como a medio kilómetro de aquí, en un sitio extraño de verdad. Viejo y destartalado, de antes de la guerra civil. Rara con ganas, la verdad, pero si lo que busca son membrillos japoneses, ella tiene los más bonitos que yo haya visto en mi vida.

—Sí —intervino el otro, un joven rubio y lleno de granos, comparsa del gordo—. Seguro que le vende unos cuantos. Por lo que he oído se está muriendo de hambre en

aquella casa, y no tiene más que un negro viejo que vive allí y que anda todo el tiempo con la azada en un trozo de tierra llena de malas hierbas que ellos llaman jardín. El otro día, he oído, entró en el mercado de Jitney Jungle y anduvo separando las verduras pasadas o estropeadas y pidiéndoselas a Olie Peterson. La bruja más rara que haya visto en su vida; parece que tiene más de cien años. Los negros le tienen un miedo del demonio…

Pero el forastero interrumpió el torrente de información del joven rubio y le preguntó:

—Bien, ¿entonces piensas que podría venderme algunos?

—Seguro que sí —dijo el gordo, con la sonrisa burlona de quien sabe algo en el semblante.

El hombre les dio las gracias y se dirigió hacia la salida, pero de pronto se detuvo, se volvió y dijo:

—¿Qué tal si me acompañáis hasta allí y me indicáis dónde es? Luego puedo traeros de vuelta aquí.

Los dos haraganes asintieron de inmediato. Les encantaba que los vieran en coche, sobre todo con desconocidos; así daban la impresión de tener amistades, y, en última instancia, siempre podían fumarse unos cigarrillos de gorra.

Como una semana después volví al *drugstore* del señor Joab y me enteré de cómo había terminado el asunto de los membrillos japoneses.

El gordo se lo contaba con suma unción a una audiencia integrada por el señor Joab y yo mismo. Cuanto más hablaba, más estruendoso y dramático se volvía su relato.

—Os digo que a esa vieja bruja habría que echarla de la ciudad. Está como una cabra. Para empezar, cuando llegamos a su casa quiso echarnos de mala manera. Luego azuzó a ese perro viejo y raro que tiene para que nos mordiera. Apostaría a que hasta es más viejo que ella. Bueno, el caso es que el mil razas intentó pegarme un mordisco, y tuve que darle una patada en los dientes… Y la bruja se puso a soltar unos alaridos horribles. Al final el negro viejo que vive allí logró calmarla para que pudiéramos hablar con ella. El señor Ferguson, el forastero, le explicó que quería comprarle sus flores, ya sabéis, esos esquejes de membrillos japoneses que anda buscando. Y la vieja va y dice que jamás ha oído hablar de ese tipo de apaños; y que además jamás vendería ni uno solo de sus membrillos, porque son lo que más le gusta de todo lo que tiene. Y ahora viene lo mejor: el señor Ferguson le ofrece doscientos dólares por uno de esos arbustos. Os imagináis… ¡Doscientos dólares! Y la vieja adefesio esa le dice que se vaya de su propiedad. Al final vimos que la cosa no tenía remedio y nos marchamos. El señor Ferguson estaba muy contrariado; contaba con que iba a conseguir esos membrillos. Dijo que eran de los más bonitos que había visto en su vida.

Se echó hacia atrás y aspiró profundamente, exhausto por su largo relato.

—Maldita sea —dijo—. ¿Qué diablos tienen de especial esos arbustos para que la

gente pague doscientos dólares la unidad? No es moco de pavo.

Cuando me fui del *drugstore* del señor Joab pensé en la señorita Bell durante todo el trayecto a casa. Me había preguntado muchas veces acerca de ella. Parecía demasiado vieja para estar viva. Debía de ser terrible tener tantos años. No podía entender por qué tenía tanto apego a sus membrillos japoneses. Eran muy bonitos, pero siendo como era tan pobre… Bueno, yo era joven y ella muy vieja, y le quedaba muy poco tiempo de vida. Yo era tan joven que creía que nunca llegaría a ser viejo, que nunca moriría.

Era 1 de febrero. El día había amanecido apagado y gris, con el cielo veteado de gris perla. Fuera hacía frío y seguían las ráfagas intermitentes de un viento hambriento que devoraba el gris, y se colaba entre las ramas sin hojas de los enormes árboles que rodeaban las ruinas en descomposición del que un día fuera el majestuoso Jardín de Rosas donde vivía la señorita Rankin.

Cuando despertó la habitación estaba fría, y largas lágrimas de hielo pendían de los aleros. Se estremeció un poco al mirar su entorno anodino. Se deslizó con esfuerzo de debajo de la colcha de retazos de colores.

Arrodillada ante la chimenea, se puso a encender las ramas muertas que Len había traído el día anterior. Su mano pequeña, amarilla y encogida, peleó con la cerilla y la superficie desgastada de la piedra caliza.

Al rato el fuego prendió; se oyó el crepitar de la madera y el brincar sonoro de las llamas, como un tableteo de huesos. Se quedó de pie unos instantes junto al cálido fulgor de la chimenea, y luego se dirigió vacilante hacia el lavabo helado.

Cuando se hubo vestido, fue hasta la ventana. Empezaba a caer esa nieve fina del invierno sureño. Se deshacía enseguida al tocar la tierra, pero la señorita Belle, pensando en su largo paseo hasta el pueblo de aquel día en busca de comida, se sintió un poco mareada e indispuesta. Luego se quedó boquiabierta al ver que abajo florecían ya los membrillos japoneses —más bellos aún de como los hubiera visto nunca—. Los pétalos de un rojo vivo estaban quietos y helados.

Recordaba que una vez, hacía muchos años, siendo Lillie una niña pequeña, había recogido enormes cestas de aquellas flores y ornado con su sutil fragancia las altas estancias vacías del Jardín de Rosas, y Lillie las había robado y se las había dado a los niños negros. ¡Lo enfadada que se había puesto! Pero ahora sonreía al recordarlo. No había visto a Lillie desde hacía como mínimo doce años.

Pobre Lillie, ahora también ella es vieja. Yo tenía apenas diecinueve años cuando nació, y era joven y hermosa. Jed solía decir que era la chica más guapa que había conocido, pero eso fue hace tanto tiempo… No recuerdo con exactitud cuándo empecé a ser así. No recuerdo cuándo empecé a ser pobre, cuándo empecé a envejecer. Supongo que fue después de que Jed se fuera… Me pregunto qué habrá sido de él. Se levantó y me dijo que estaba fea y ajada y se fue, dejándome sola con Lillie… Y Lillie no era buena…, no era buena…

Se tapó la cara con las manos. Aún le dolía recordar, y sin embargo casi todos los

días recordaba estas mismas cosas, y a veces la llevaban los demonios y gritaba y se desgañitaba, como la vez que aquel hombre fue a verla con aquellos dos holgazanes guasones con idea de comprarle los membrillos japoneses. No quiso vendérselos, jamás lo haría. Pero el hombre le daba miedo; le daba miedo que pudiera robárselos. Porque ¿qué iba a poder hacer ella para impedírselo? La gente se reiría de ella. Y por eso les había gritado; por eso los había odiado.

Len entró en la habitación. Era un negro pequeño, viejo y encorvado, con una cicatriz en la frente.

—Señorita Belle —le preguntó con voz jadeante—, ¿piensa ir al pueblo? Yo que usted no iría, señorita Bell. Hoy está muy mal la cosa.

Al hablar lanzaba bocanadas de vapor humeante al aire frío.

—Sí, Len, hoy tengo que ir al pueblo. Me voy dentro de un momento. Quiero estar de vuelta antes de que anochezca.

Fuera, el humo de la vieja chimenea se alzaba en perezosas nubes rizadas y quedaba suspendido por encima de la casa en una niebla azul, como si se hubiera congelado… ¡hasta que una ráfaga de viento acerbo lo barría en remolino y lo hacía desaparecer!

Había oscurecido por completo cuando la señorita Belle empezó a subir la colina en dirección a su casa. La noche caía deprisa en los días de invierno. Aquel día sobrevino tan súbitamente que al principio la asustó. No hubo fulgor de crepúsculo, sólo una grisura de perla en el cielo que fue ahondándose hasta el negro boca de lobo. La nieve seguía cayendo y el camino estaba frío y fangoso. El viento era cada vez más fuerte y se oía el agudo crujir de las ramas muertas. La señorita Belle caminaba encorvada por el peso de la cesta llena. Había sido un buen día. El señor Johnson le había dado un tercio de un jamón, y al pequeño Olie Peterson le habían quedado unas cuantas verduras invendibles. No tendría que volver hasta pasadas dos semanas.

Cuando llegó a casa, se paró unos instantes para respirar, y dejó que la cesta se deslizara hasta el suelo. Luego, caminó hasta la linde del terreno y empezó a cortar algunas de las enormes flores de membrillo japonés. Se pegó una contra la cara, pero no sintió su tacto. Recogió unas cuantas (las que le cupieron en un brazo) y echó a andar hacia el cesto. Y de pronto creyó oír una voz. Se quedó quieta y aguzó el oído, pero sólo alcanzó a oír el viento.

Sintió que resbalaba y caía y no pudo evitarlo; se agarró a la oscuridad en busca de asidero, pero sólo había vacío. Trató de gritar pidiendo ayuda pero no le salió ningún sonido. Sintió que la envolvían grandes oleadas de vacío. Pasaron por su interior escenas fugaces. Su vida…, absoluta futilidad y un momentáneo atisbo de Lillie, y de Jed, y una imagen nítida de su madre con un bastón largo y fino.

Recuerdo que fue un día frío de invierno cuando la tía Jenny me llevó al viejo y destartalado lugar donde vivía la señorita Belle. La señorita Belle había muerto durante la noche, y la había encontrado por la mañana el viejo negro que vivía en su finca. Casi todos los habitantes del pueblo irían a echar una ojeada. No la habían

movido porque el juez de instrucción aún no había autorizado el levantamiento del cadáver. Así que la vimos tal como había muerto. Era la primera vez que yo veía un cuerpo muerto, y nunca lo olvidaré.

Estaba tendida en el jardín, junto a los membrillos japoneses. Las arrugas de la cara se le habían alisado, y las flores radiantes se hallaban diseminadas a su alrededor.

Parecía tan pequeña, y tan joven. Sobre su pelo había pequeños copos de nieve, y tenía una de aquellas flores pegada a la mejilla. Pensé que era una de las cosas más hermosas que había visto en mi vida.

Todo el mundo decía lo triste que era aquello y demás, pero me pareció extraño porque eran los mismos que solían reírse de ella y hacer bromas a su costa.

Bien, la señorita Belle Rankin era sin duda una anciana rara, y probablemente un poco chiflada, pero su aspecto era en verdad encantador aquella mañana fría de febrero, con aquella flor sobre la mejilla, allí tendida tan callada y tan quieta.

Si yo te olvidara

Grace llevaba esperándole de pie en el porche casi una hora. Cuando lo había visto en el pueblo aquella tarde él le había dicho que estaría allí a las ocho. Y eran casi las ocho y diez. Se sentó en la mecedora. Trató de no pensar que iba a venir, o incluso de no mirar el camino que conducía a su casa. Sabía que si pensaba en ello nunca ocurriría. Nunca vendría.

—Grace, ¿sigues ahí fuera? ¿No ha llegado aún?

—No, madre.

—Bueno, no puedes quedarte ahí fuera toda la noche. Entra ahora mismo en casa.

Ella no quería entrar; no quería tener que sentarse en aquella vieja sala de estar cargada y ver cómo su padre leía el periódico y su madre hacía crucigramas. Quería quedarse allí fuera, respirando y oliendo y tocando la noche, que le parecía tan palpable que podía sentir su textura de fino satén azul.

—Ahí viene, madre —mintió—. Está viniendo por el camino; voy corriendo a recibirle.

—No vas a hacer nada de eso, Grace Lee —dijo su madre con voz sonora.

—¡Sí, madre, sí! Y vuelvo en cuanto le diga adiós.

Bajó con paso liviano los escalones del porche y se apresuró hacia el camino antes de que su madre pudiera añadir nada.

Estaba decidida a ir a su encuentro tuviera lo que tuviera que caminar, aunque tuviera que llegar hasta su misma casa. Era una gran noche para ella; no exactamente una noche feliz, pero sí una noche hermosa, de todas formas.

Él se iba del pueblo, después de tantos años. Todo sería tan extraño después de su partida… Sabía que nada volvería a ser lo mismo. Una vez, en el colegio, la señorita Saaron había mandado escribir un poema a sus alumnos, y ella le había escrito uno a él. Era tan bueno que lo habían publicado en el periódico local. Lo había titulado «En el alma de la noche». Y ahora recitaba los dos primeros versos mientras avanzaba por el camino bañado de luz de luna.

Mi amor es una Luz Brillante y Fuerte
que anula la negrura de la Noche.

Una vez él le había preguntado si realmente lo amaba. Y ella había dicho:

—Te amo ahora, pero no somos más que unos chiquillos, y no es más que el primer amor.

Pero ella sabía que había mentido, al menos a sí misma, porque ahora, en aquel breve instante, sabía que lo amaba, por mucho que apenas hacía un mes hubiera estado completamente segura de que todo era tonto y pueril. Pero ahora que él se iba del pueblo sabía que no era así. En cierta ocasión él le había dicho, después del

episodio del poema, que no debía tomarse la cosa demasiado en serio, ya que no era más que una chica de dieciséis años. «Cuando tengamos veinte, si alguien le menciona a uno el nombre del otro, seguramente ni nos acordemos de a quién se refiere.» Se había sentido terriblemente mal. Sí, era muy probable que él la olvidara. Y ahora se iba del pueblo y era posible que no volviera a verlo más. Tal vez él llegara a ser un gran ingeniero, como quería, y ella seguiría allí en aquel pequeño pueblo sureño del que nadie había oído hablar jamás. «Puede que no me olvide», se oyó decir. «Quizá vuelva a buscarme para llevarme a alguna urbe grande como Nueva Orleans, o Chicago, o incluso Nueva York.» El solo pensamiento la llenó de alegría.

El olor de los pinares de ambos lados del camino le trajo a la memoria lo bien que se lo habían pasado en las excursiones campestres, en los paseos a caballo y en los bailes.

Recordó la vez que él le había pedido que fuera su pareja en el baile de fin de curso. Fue cuando se conocieron. Era tan condenadamente guapo y ella estaba tan orgullosa de sí misma; nadie hubiera imaginado nunca que la pequeña Grace Lee, con sus ojos verdes y sus pecas, llegaría a alzarse con un premio como él. Se había sentido tan orgullosa y tan emocionada que casi se le había olvidado bailar. Y estaba tan turbada que en un momento dado no le siguió bien el paso y él le pisó un pie y le desgarró la media de seda.

Y justo cuando se había convencido a sí misma de que era un idilio real, su madre le había dicho que eran unos niños, y que los niños no podían saber lo que era el verdadero «cariño», tal como ella lo llamó.

Entonces las chicas del pueblo, muertas de envidia, empezaron la campaña «No nos gusta Grace Lee». «Mirad esa tontita —susurraban—, echándose en sus brazos.» «No es más que una… que una… zorra.» «Daría un buen montón de centavos por saber lo que esos dos han estado haciendo, pero supongo que sería demasiado fuerte para mis oídos.»

Mientras apretaba el paso se enfureció al recordarlo; aquellas mojigatas engreídas… Nunca olvidaría la pelea que tuvo con Louise Beavers la vez que la sorprendió leyendo en voz alta una carta suya a un grupo de chicas que se morían de risa en los aseos del colegio. Louise se la había robado de uno de sus libros, y la leía en voz alta con grandes aspavientos burlones, riéndose de algo que no era en absoluto divertido.

—Oh, bueno, no son más que frivolidades tontas —se dijo.

La luna brillaba muy clara en el cielo; pequeñas nubes pálidas y desvaídas pendían en torno a su superficie como un chal de fino encaje. La contempló fijamente. Pronto llegaría a la casa. Subiría aquella colina, bajaría y habría llegado. Era una casa pequeña y bonita; sólida y compacta. El lugar perfecto para él, pensó Grace.

A veces llegó a pensar que ese primer amor era sólo un exceso de emoción, pero ahora tenía la certeza de que no era así. Iba a marcharse del pueblo. Iba a vivir con su

tía en Nueva Orleans. Su tía era artista, y eso no le gustaba gran cosa. Había oído que los artistas eran gente rara.

Él no le había dicho hasta el día anterior que se marchaba. Seguramente le habrá dado un poco de miedo decírmelo, pensó; y ahora soy yo la que está asustada. Oh, lo contentos que iban a ponerse todos ahora que él se marchaba y ella no iba a tenerlo más; hasta los veía riéndose.

Se apartó el pelo rubio y fino de los ojos. Soplaba un viento frío entre las copas de los árboles. Se acercaba a la cima de la colina, y de pronto supo que él estaba subiendo por la ladera opuesta y que iban a encontrarse arriba. Sintió tanto calor en toda ella: estaba tan segura de su premonición… No quería llorar, quería sonreír. Palpó en su bolsillo la fotografía que le había pedido que llevara. Era una foto barata que un hombre le había sacado en una feria que había pasado por el pueblo. Ni siquiera se le parecía mucho.

Ahora que estaba casi en la cima, no quiso seguir. Mientras no le dijera adiós lo tendría para ella. Se sentó a esperarle en la suave hierba de la noche, a un lado del camino.

—Mi esperanza —se dijo, con la mirada fija en el cielo oscuro lleno de luna— es que no me olvide. Supongo que es lo único que tengo derecho a esperar.

La polilla en la llama

I

Em se había pasado toda la tarde en la cama de armazón de acero. Se había echado una colcha de retales encima de las piernas. Estaba allí tumbada, pensando. El tiempo había cambiado y hacía frío, incluso para Alabama.

George y los demás hombres de la comarca habían salido en busca de la vieja chiflada de Sadie Hopkins. Se había escapado de la cárcel. Pobre Sadie, pensó Em, huyendo por esas ciénagas y campos. Había sido una chica tan bonita. Se ha juntado con mala gente, supongo. Y se ha vuelto loca de atar.

Em miró por la ventana de la cabaña; el cielo estaba oscuro, de un tono gris pizarra, y los campos parecían helados y abiertos en surcos. Se pegó más la colcha al cuerpo. Aquel paraje era ciertamente solitario; no había una sola granja en muchos kilómetros: todo eran campos a un lado, y ciénagas y bosques al otro. Sintió que tal vez había nacido para estar sola, lo mismo que alguna gente nace ciega o sorda.

Miró la pequeña estancia a su alrededor, las cuatro paredes que la cercaban. Se incorporó en silencio, atenta al despertador barato, tic-tac, tic-tac…

De pronto le subió por la espalda una sensación de miedo y horror. Sintió un estremecimiento en el cuero cabelludo. Supo, como en un fogonazo de luz cegadora, que alguien la estaba observando, alguien que estaba muy cerca y que la miraba con ojos fríos, calculadores, locos.

Por espacio de un instante se quedó tan quieta que se oyó el latir del corazón, y el despertador fue como una maza golpeando un tocón hueco. Em supo que no estaba imaginando cosas; supo que aquel espanto lo causaba algo; lo supo por instinto, un instinto tan nítido y vital que la anegaba de arriba abajo.

Se levantó despacio y miró por toda la habitación. No vio nada; pero sentía que había alguien que la miraba, que seguía todos y cada uno de sus movimientos.

Cogió lo primero que tuvo a mano, un palo de leña para el fuego. Luego dijo en voz alta, intrépida:

—¿Quién hay ahí? ¿Qué es lo que quieres?

Sólo un silencio frío acogió sus preguntas. Pese al frío físico del ambiente sentía calor por todo el cuerpo; sentía que las mejillas le ardían.

—Sé que estás aquí —gritó, histérica—. ¿Qué quieres? ¿Por qué no te dejas ver?

Sal, infame…

Entonces oyó una voz; una voz cansada y asustada a su espalda.

—Sólo soy yo, Em… Sadie, ya sabes. Sadie Hopkins.

Em se volvió en redondo. La mujer que tenía frente a ella estaba medio desnuda, y el pelo le caía alborotado envolviéndole la cara arañada y con contusiones. Tenía heridas cubiertas de sangre en las piernas.

—Em —imploró—, ayúdame, por favor. Estoy cansada y hambrienta. Escóndeme en alguna parte. No dejes que me cojan, por favor, no… Me lincharán. Piensan que estoy loca. No estoy loca; tú lo sabes, Em. Por favor, Em…

Estaba llorando.

Em estaba demasiado aturdida y conmocionada para responderle. Dio un traspié y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué estás haciendo aquí, Sadie? ¿Cómo has entrado?

—Por la puerta de atrás —le contestó Sadie—. Tengo que esconderme en alguna parte. Vienen hacia aquí por los pantanos y no van a tardar mucho en encontrarlo. Oh, no quería hacerlo; no quería hacerlo, Em. El Señor sabe que no quería hacerlo.

Em la miró, con expresión vacía.

—¿De qué me hablas? —preguntó.

—De ese chico, Henderson —sollozó Sadie—. Dio conmigo en el bosque. Me agarraba y sujetaba y gritaba para llamar a los otros. Yo no sabía qué hacer; tenía miedo. Lo empujé y se cayó hacia atrás, y me eché sobre él y le pegué en la cabeza con una piedra grande. Era como si no pudiera dejar de golpearle. Lo que quería era dejarle sin sentido, pero cuando miré… ¡OH, DIOS!

Sadie se apoyó contra la puerta, rió entre dientes y luego prorrumpió en carcajadas. Segundos después toda la habitación se llenó de risotadas locas, histéricas. Había caído la tarde, y las brillantes llamas de la chimenea de piedra caliza proyectaban sombras extrañas sobre las paredes. Bailaban en la negrura de los ojos de la loca; parecía que avivaran su histeria y la exacerbaran.

Em estaba sentada en la cama, aturdida y horrorizada, con los ojos llenos de consternación y terror. Sadie, con su risa maligna y oscura, la había hipnotizado.

—Pero dejarás que me quede, ¿verdad, Em? —gritó la mujer. Luego miró a los ojos de Em y dejó de reírse—. Por favor, Em —suplicó—. No quiero que me cojan. No quiero morir; quiero vivir. Esto me lo han hecho ellos; ellos me han hecho como soy.

Miró el fuego. Sabía que tenía que irse. Y segundos después preguntó:

—Em, ¿qué parte del pantano no van a rastrear hoy?

Em se irguió con deliberación, mientras los ojos le ardían con lágrimas convulsas.

—En la zona de Hawkins no van a buscar hasta mañana.

Una vez dicha la mentira, sintió vértigo en el estómago; sintió como si llevara cayendo en el vacío más de mil años…

—Adiós, Em.

—Adiós, Sadie.

Sadie salió por la puerta delantera y Em siguió mirándola hasta que llegó a la linde de la ciénaga y se perdió en sus oscuras profundidades selváticas.

II

Em se derrumbó en la cama y se echó a llorar. Lloró hasta que quedó sumida en un sueño febril. La despertó el sonido de unos hombres que hablaban. Miró hacia el patio oscuro y vio que George, Hank Simmons y Bony Yarber se acercaban a la casa.

Se levantó rápidamente, cogió un trapo húmedo y se limpió la cara. Encendió una lámpara de la cocina, y cuando los hombres entraron estaba sentada leyendo.

—Hola, cariño —dijo George, dándole un beso en la mejilla—. Dios, qué caliente estás. ¿Te sientes bien?

Em dijo que sí con la cabeza.

—Hola, Em —dijeron los otros dos hombres.

Em no se molestó en contestar a su saludo. Siguió sentada, leyendo. Los dos hombres bebieron sendos tragos de agua del cucharón.

—Sí, seguro que el agua sabe muy bien —dijo George—, ¿qué tal algo un poco más fuerte, eh, chicos?

Le dio un codazo a Bony.

De pronto Em dejó la revista en la mesa. Luego, con cautela, volvió la mirada hacia ellos.

—¿Habéis… habéis…? —la voz le temblaba un poco—. ¿Habéis encontrado a Sadie?

—Sí —dijo George—. Estaba en uno de esos remolinos de fango de la zona de Hawkins. Ahogada. Se ha suicidado, supongo. Pero no hablemos de eso. Ha sido horrible. Ha sido…

No pudo terminar la frase. Em saltó de la mesa (volcando la lámpara al hacerlo) y se metió corriendo en el dormitorio.

—Vaya, me pregunto qué diablos le pasa ahora —dijo George.

Terror en el pantano

—Bien, pues te digo, Jep, que si te vas a meter en estos bosques en busca de ese presidiario no te queda ni pizca del buen sentido con que venimos al mundo.

Quien hablaba era un chico menudo, de cara morena y pecoso, que miraba con ansiedad a su compañero.

—Oye —dijo Jep—. Sé muy bien lo que hago, y no necesito ningún consejo tuyo. Ni esa boca insolente, tampoco.

—Chico, creo que estás loco. ¿Qué diría tu madre si supiera que estás aquí metiéndote en este bosque tenebroso en busca de un presidiario?

—Lemmie, no te pido que me digas lo que tengo que hacer, ni te pido que te pegues a mí como una lapa. Puedes volverte… Pete y yo vamos a seguir y vamos a encontrar a ese viejo buitre… Y luego los dos, él y yo, vamos a ir a decirles dónde está a los que lo están buscando. ¿Verdad, Pete, camarada?

Dio unas palmaditas a un perro de color café y canela que trotaba a su lado.

Caminaron unos metros más en silencio. El chico llamado Lemmie no sabía bien qué hacer. Los bosques estaban muy oscuros y silenciosos. A veces un pájaro revoloteaba o cantaba en los árboles, y cuando el sendero se acercó al riachuelo oyeron cómo la corriente fluía con rapidez sobre las rocas y las pequeñas cascadas. Sí, ciertamente, todo estaba demasiado silencioso. Lemmie odiaba pensar que tenía que volver solo hasta la linde exterior del bosque, pero la idea de seguir con Jep se le antojaba aún más odiosa.

—Bueno, Jep —dijo por fin—. Creo que me vuelvo. No voy a adentrarme ni un metro más en este sitio, con todos esos árboles y arbustos donde puede estar escondido el fugitivo, y saltarte encima desde detrás de cualquiera de ellos y dejarte más muerto que una piedra.

—Sí, vuélvete, miedica… Espero que ese buitre te pille cuando estés volviendo por el bosque tú solo.

—Bien, pues adiós. Supongo que te veré en el colegio mañana.

—Quizá. Adiós.

Jep oyó cómo Lemmie apretaba el paso entre la maleza, cómo sus pies corrían como un conejo asustado. «Eso es lo que es —pensó Jep—, un conejo asustado. Qué niño es Lemmie. No le deberíamos haber dejado venir con nosotros, ¿eh, Pete?»

Esto último lo dijo en voz audible, y el viejo perro de color café y canela, tal vez amedrentado por aquella súbita ruptura del silencio, dejó escapar un pequeño ladrido rápido, asustado.

Siguieron caminando en silencio. De cuando en cuando Jep se detenía y escuchaba atentamente los sonidos de la espesura. Pero no alcanzaba a oír nada que indicara más presencia hollando el bosque que la suya. A veces llegaba a un claro con el suelo cubierto de suave musgo verde, bajo la sombra de grandes magnolios llenos de enormes flores blancas… con olor a muerte.

—Creo que quizá tendría que haber hecho caso a Lemmie. Esto es tenebroso de verdad…

Miró a lo alto de las copas de los árboles, y aquí y allá vio retazos de azul. Estaba tan oscuro en aquella parte del bosque… Prácticamente parecía de noche. De pronto oyó una especie de runrún. Casi al instante supo lo que era; se quedó paralizado de miedo, y Pete lanzó un breve, pavoroso aullido que rompió el hechizo. Se volvió y allí estaba: una gran serpiente de cascabel en posición de atacar de nuevo. Jep saltó todo lo lejos que pudo, trastabilló y cayó de bruces. ¡Oh, Dios! ¡Era el fin! Forzó los ojos para mirar en torno, convencido de que la serpiente rasgaba ya el aire para caer sobre él, pero cuando su mirada enfocó por fin vio que no había nada. Y luego vio la punta de una cola de cascabel reptando hacia el interior de la espesura.

Durante varios minutos no pudo moverse; estaba aturdido y conmocionado, y tenía el cuerpo entumecido por el terror. Al final se aupó sobre un codo y buscó a Pete, pero Pete no estaba a la vista en ninguna parte. Se levantó de un brinco y se puso a buscar frenéticamente a su perro. Cuando lo encontró, vio que Pete había rodado por una barranca roja y yacía muerto en el fondo, todo rígido e hinchado. No gritó; estaba demasiado asustado para poder hacerlo.

¿Qué haría ahora? No sabía dónde estaba. Echó a correr, y luego se abrió paso a la desbandada entre la maleza, pero no pudo encontrar el sendero. Pero ¿de qué iba a servirle? Se había perdido. Entonces se acordó del riachuelo, pero tampoco eso le sería de mucha ayuda. Surcaba el pantano, y había trechos demasiado profundos para vadearlos; además, en verano, sin duda estaría todo infestado de serpientes mocasín. Se acercaba la noche, y los árboles empezaban a proyectar sombras grotescas a su alrededor.

«¿Cómo podrá ese viejo aguantar todo esto? —pensó—. ¡Oh, Dios mío, el presidiario! Me había olvidado de él por completo. Tengo que salir de aquí.»

Corrió y corrió. Al final llegó a uno de los claros. La luna bañaba justo el centro. Parecía una catedral.

«¿Y si me subo a un árbol? —pensó—. Podría divisar los campos y ver cómo llegar a ellos.»

Miró alrededor para ver cuál era el árbol más alto. Un sicómoro recto y liso, sin ramas en la parte más baja. Pero él era un buen trepador. Tal vez lo consiguiera.

Se aferró al tronco con sus piernas pequeñas y fuertes, y empezó a impulsarse hacia arriba, pulgada a pulgada. Subía medio metro y resbalaba la mitad. Mantenía la cabeza echada hacia atrás, para mirar hacia arriba en busca de la primera rama a su alcance. Cuando llegó a ella, la agarró y dejó que las piernas le colgaran libres del tronco. Por espacio de un minuto pensó que iba a caerse, allí colgado pateando el vacío. Pero se impulsó hacia arriba y alcanzó con una pierna la rama siguiente, y se sentó a horcajadas en ella, jadeante. Al poco reinició el ascenso, rama a rama. La tierra se alejaba más y más. Cuando coronó la copa, sacó la cabeza entre las hojas más altas y miró en torno, pero no alcanzó a ver sino árboles por todas partes.

Bajó hasta la más ancha y fuerte de las tres ramas de abajo. Allí arriba, con el suelo tan lejos, se sentía a salvo. Allí arriba nadie podía verle. Tendría que pasar la noche en el árbol. Si al menos pudiera seguir despierto y no dormirse. Pero estaba tan cansado que todo lo que había a su alrededor parecía darle vueltas. Cerró los ojos unos instantes y casi perdió el equilibrio. Salió de este aprieto con un sobresalto, y se dio unos cachetes en las mejillas.

El silencio era tal que ni siquiera se oía la serenata nocturna de los grillos ni de las ranas toro. No, todo era silencioso, aterrador y misterioso. ¿Qué había sido aquello? Dio un respingo; oyó voces; se acercaban. ¡Estaban casi al pie del árbol! Miró hacia tierra y vio dos figuras que se movían en la maleza. Se acercaban hacia el claro. ¡Oh, oh, Dios! Tenían que ser del grupo de búsqueda.

Pero entonces oyó que una de las voces, minúscula y asustada, gritaba:

—¡No! ¡Oh, por favor, por favor, deje que me vaya! ¡Quiero irme a casa!

¿Dónde había oído Jep esa voz? No había duda: ¡era la voz de Lemmie!

Pero ¿qué estaba haciendo Lemmie en aquellos bosques? Se había ido a casa. ¿Quién lo tenía apresado? Cruzaban la mente de Jep estos pensamientos y, de súbito, comprendió lo que estaba pasando. ¡El presidiario tenía a Lemmie!

Una voz profunda y amenazadora rasgó el aire.

—¡Cállate, mocoso!

Oyó los sollozos aterrados de Lemmie. Sus voces eran ahora claras; estaban casi al pie del árbol. Jep contuvo la respiración, lleno de espanto. Se oía los latidos del corazón, y le dolían los músculos contraídos del estómago.

—Siéntate aquí, chico —ordenó el presidiario—. ¡Y deja de llorar, maldita sea!

Jep vio cómo Lemmie se derrumbaba, impotente, y se daba la vuelta sobre el suave musgo del suelo, tratando de reprimir los sollozos.

El presidiario seguía de pie. Era grande y de músculos abultados. Jep no pudo verle el pelo; se lo tapaba un enorme sombrero de paja, del tipo del que los reos llevan en las cuerdas de presos.

—Ahora dime, chico —le dijo a Lemmie con un empellón—: ¿Cuánta gente está buscándome?

Lemmie no dijo nada.

—¡Contéstame!

—No lo sé —respondió Lemmie con voz débil.

—Está bien. De acuerdo. Pero dime qué zonas del bosque han rastreado ya.

—No lo sé.

—Maldita sea.

El presidiario le dio una bofetada a Lemmie y éste volvió a echarse a llorar aparatosamente.

«¡Oh, no! ¡No! Esto no puede estar sucediéndome a mí —pensó Jep—. Es un sueño, una pesadilla. Me despertaré y veré que nada de esto es real.»

Cerró los ojos y los abrió, en un intento físico de comprobar que se trataba de una

pesadilla. Pero allí estaban, el presidiario y Lemmie; y allí estaba él, encaramado en un árbol, con miedo hasta de respirar. Si al menos tuviera algo muy pesado… Podría tirarlo a la cabeza de aquel hombre y dejarlo fuera de combate. Pero no tenía nada. Dejó sus pensamientos a medias, porque el presidiario volvía a hablar:

—Bueno, vamos, chico. No podemos quedarnos aquí toda la noche. Además, la luna está saliendo… Parece que va a llover.

Escrutó el cielo a través de las copas de los árboles.

Jep, aterrorizado, sintió que se le helaba la sangre en las venas: parecía que le miraba directamente a él (miraba directamente hacia la rama en la que estaba sentado). Iba a verle en cualquier momento. Jep cerró los ojos. Los segundos se le antojaron horas. Cuando por fin hizo acopio del valor suficiente para volver a abrirlos, vio que el presidiario trataba de levantar a Lemmie del suelo. ¡No le había visto, gracias a Dios!

El presidiario dijo:

—Venga, chico, antes de que te dé un porrazo de los buenos.

Sostenía a Lemmie a media altura del suelo, como si fuera un saco de patatas. Y de repente lo soltó.

—¡Deja de llorar! —le gritó.

El tono de su voz fue tan escalofriante que Lemmie dejó de llorar de inmediato. Algo pasaba. El presidiario estaba de pie junto al tronco del árbol, con el oído atento a la espesura.

Entonces Jep lo oyó también. Algo se acercaba a través de la maleza. Oyó como ramitas quebrándose en la tierra y arbustos apartados con brusquedad. Desde donde él estaba se podía ver qué era lo que se acercaba. Eran diez hombres desplegándose en círculo en torno al claro. Pero el presidiario sólo podía oír el ruido. No estaba seguro de lo que era, y le entró el pánico.

Lemmie gritó a voz en cuello:

—¡Aquí estamos! ¡Aquí… aquí está…!

Pero el presidiario le había agarrado y le apretaba sigilosamente la cara contra el suelo. El chico se retorcía y pataleaba, y luego, de pronto, se quedó laxo y completamente inerte. Jep vio cómo el presidiario retiraba la mano de la parte de atrás de la cabeza de su amigo. Algo le sucedía a Lemmie. Y entonces Jep lo vio todo como en un destello, como si lo supiera sin más: ¡Lemmie estaba muerto! ¡El presidiario lo había ahogado contra la tierra!

Los hombres ya no avanzaban con cautela: se abrían paso con furia entre la maleza. El presidiario se vio atrapado; se apoyó en el tronco del árbol donde estaba Jep y rompió a gemir.

Y acto seguido terminó todo. Jep gritó y los hombres tendieron las manos para prender al presidiario, que saltó y fue a caer, sin hacerse daño, en los brazos de uno de ellos.

El presidiario estaba esposado y lloraba.

—¡Ese maldito chico! ¡Todo ha sido por su culpa!

Jep miró a Lemmie. Uno de los hombres se inclinaba sobre él. Jep oyó cómo el hombre se volvía hacia un compañero que estaba a su lado y le decía:

—Sí. Está muerto.

Fue entonces cuando Jep se echó a reír; y siguió riendo histéricamente mientras las lágrimas calientes y saladas le resbalaban por las mejillas.

El desconocido familiar

—Y, Beulah —llamó Nannie—, antes de irte ven y arréglame los almohadones; esta mecedora es horriblemente incómoda.

—Sí, señora, voy enseguida.

Nannie dejó escapar un profundo suspiro. Alcanzó el periódico y pasó con rapidez las primeras hojas hasta encontrar las Notas de Sociedad —o la columna social, ya que no había nada que pudiera llamarse Sociedad en Collinsville.

—Veamos —dijo, ajustándose las gafas de montura de concha sobre la nariz altiva.

—«El señor y la señora Yancey Bates se van a Mobile a visitar a unos parientes.» No es nada del otro mundo; la gente siempre se está visitando —dijo a media voz.

Buscó más abajo las notas necrológicas, que siempre le procuraban un disfrute sombrío. La gente a la que había conocido toda la vida, los hombres y mujeres con los que había crecido, se iba muriendo día tras día. Se sentía orgullosa de seguir con vida mientras ellos yacían inmóviles y fríos en sus tumbas.

Beulah entró en la habitación. Se acercó a la mecedora en la que estaba sentada la señorita Nannie leyendo el periódico. Retiró los almohadones de la espalda de la anciana, los ahuecó y los dispuso de nuevo cómodamente detrás de la espalda de su señora.

—Así está mucho mejor, Beulah. Sabes que tengo este reúma todos los años por estas fechas. Es tan doloroso y me siento tan impotente; sí, de verdad, tan impotente…

Beulah movió la cabeza, asintiendo compasiva.

—Sí, señora, sé cómo tiene que ser. Tuve un tío que por poco se muere de eso.

—Veo aquí en el periódico, Beulah, dónde murió el viejo Will Larson. Qué raro que nadie me haya llamado o me haya contado cómo ha sido. Hubo un tiempo en que fue amigo mío, ¿sabes, Beulah? Muy buen amigo mío.

Asintió con la cabeza burlonamente, dando a entender que, por supuesto, había sido uno de su legión de admiradores imaginarios.

—Bien —dijo Beulah mirando el gran reloj que había contra la pared—. Creo que será mejor que vaya al médico a buscarle su medicina. Usted quédese aquí, que volveré en un momento.

Salió de la habitación y al cabo de cinco minutos Nannie oyó cómo se cerraba la puerta principal. Volvió a hojear el periódico. Trató de interesarse por el editorial, trató de leer el artículo sobre el proyecto de la nueva fábrica de muebles, pero siempre había una fuerza magnética, irresistible, que le hacía volver al obituario. Leyó las notas necrológicas dos o tres veces. Sí, los había conocido a todos.

Miró las vivas llamas rojas y azules de la chimenea. ¿Cuántas veces la había mirado? ¿Cuántas mañanas frías de invierno había salido de debajo de la colcha de retales, había recorrido a saltitos el suelo helado y había encendido trabajosamente el

fuego en ella? ¡Miles de veces! Había vivido siempre en aquella casa, en la residencial calle mayor, al igual que su padre y el padre de su padre. Habían sido auténticos pioneros, y se sentía muy orgullosa de su estirpe. Pero todo ello pertenecía al pasado; su padre y su madre estaban muertos, y ahora estaban muriendo sus viejos amigos; despacio, casi inadvertidamente. Ahora casi nadie pensaría que se extinguía una especie de dinastía, una dinastía de la aristocracia sureña —villorrio, pueblo, ciudad—. Morían durante la noche; una fuerza extraña e invisible iba apagando la débil llama de su vida.

Apartó el periódico de su regazo y cerró los ojos. El calor y el espacio cerrado de la habitación la hicieron sentirse somnolienta. Casi se había quedado dormida cuando la despertó el reloj de pared, que daba la hora. Una, dos, tres, cuatro…

Alzó la mirada y pareció sobresaltarse un tanto, pues percibió la presencia de alguien más en la habitación. Alcanzó las gafas y, después de ponérselas, miró a su alrededor. Todo parecía en orden. Había un silencio absoluto; ni siquiera le llegaba el sonido de los coches que pasaban por la calle.

Sus ojos lograron enfocar por fin, y entonces lo vio. Estaba de pie enfrente de ella. Nannie soltó un pequeño grito ahogado.

—Oh —dijo—, eres tú…

—¿Me conoces, entonces? —dijo el joven caballero.

—Tu cara me resulta familiar —dijo ella, con voz calma aunque sorprendida.

—No es nada extraño que así sea —dijo el caballero con elocuencia—. Yo te conozco muy bien. Recuerdo haberte visto una vez de pequeña; eras encantadora. ¿No te acuerdas de aquella vez que vine a visitar a tu madre?

Nannie lo miró fijamente.

—No, no me acuerdo. Y no puedes haber conocido a mi madre: eres tan joven… Yo soy una anciana, y mi madre murió antes de que tú hubieras nacido.

—Oh, no, no… Recuerdo a tu madre perfectamente. Una mujer muy razonable. Te pareces a ella. La nariz, los ojos; y las dos con el mismo pelo blanco. ¡Harto notable, ciertamente!

El hombre la miró. Sus ojos eran muy muy negros y sus labios muy muy rojos, casi tanto como si se los hubiera pintado. A Nannie le parecía atractivo; ella misma se sentía atraída.

—Ahora me acuerdo. Sí, por supuesto; yo era una niñita. Pero te recuerdo; viniste y me despertaste muy tarde una noche, la noche… —De pronto emitió un débil grito ahogado, y un destello de reconocimiento y horror iluminó sus ojos—. ¡La noche en que murió mi madre!

—Exacto. ¡Vaya, tienes una memoria increíble… para tu edad! —Su voz acentuó las últimas palabras con intención—. Pero me recuerdas de otras muchas veces a partir de entonces. La noche en que murió tu padre, e incontables veces más. Sí, claro que sí. Te he visto muchas veces, y tú a mí sólo es ahora, en este momento, cuando tendrías que haberme reconocido. ¿Sabes?, la otra noche, sin ir más lejos, estuve

hablando con un viejo amigo tuyo, Will Larson.

La cara de Nannie se puso blanca como el papel; los ojos le ardían, y no podía apartarlos de la cara del hombre. No quería que la tocara; mientras no la tocara podía sentirse segura. Instantes después dijo con voz hueca:

—Entonces tú debes de ser…

—Vamos, señora —le interrumpió el desconocido—. Mi buena señora, no pongamos objeciones. No va a pasarlo mal; de hecho, es una sensación totalmente placentera.

Nannie se agarró a ambos lados de la mecedora y empezó a mecerse de manera febril.

—Apártate —susurró con voz ronca—. Aléjate de mí, no me toques, no, no, ahora no; ¿es esto todo lo que voy a sacar en limpio de la vida? ¡No es justo, no te acerques, por favor!

—Oh —rió el joven y elegante caballero—. Señora, está usted comportándose como una niña que tiene que tomar aceite de ricino. Le aseguro que no es en absoluto desagradable. Vamos, venga aquí, más cerca, más cerca, déjeme darle un beso en la frente, no va a dolerle, se sentirá tan serena y en paz, será como quedarse dormida.

Nannie se echó hacia atrás en la mecedora todo lo que pudo. Los labios pintados de rojo del hombre se acercaban a ella más y más. Nannie quería gritar, pero ni siquiera podía respirar. Nunca había pensado que sería así. Se encogió contra el asiento de la mecedora, desplazó uno de los almohadones hacia abajo y se lo pegó con fuerza a la cara. El hombre era fuerte: Nannie sintió cómo tiraba del almohadón para arrebatárselo. Vio su cara, sus labios fruncidos, sus ojos amorosos; era como un amante grotesco.

Oyó un portazo. Gritó con toda la fuerza de los pulmones.

—¡Beulah, Beulah, Beulah!

Oyó los pasos apresurados. Se apartó el almohadón de la cara. El rostro negro de la mujer la miró.

—¿Qué le duele, señorita Nannie? ¿Qué le pasa? ¿Quiere que llame al médico?

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién, señorita Nannie? ¿De qué está hablando?

—Estaba aquí, lo he visto, venía a por mí, oh, Beulah, te digo que estaba aquí.

—Vamos, señorita Nannie, ha vuelto a tener una de esas pesadillas.

Los ojos de Nannie dejaron de despedir frenéticos relampagueos violeta. Apartó la mirada de la preocupada Beulah. El fuego de la chimenea se iba apagando despacio, y las últimas llamas danzaban como con remilgo.

—¿Pesadilla? ¿Esta vez? Cómo saberlo.

Louise

I

Ethel abrió la puerta a hurtadillas y miró a un lado y a otro del pasillo oscuro. No había nadie, y suspiró aliviada mientras cerraba la puerta. Bien, una de las cosas estaba ya hecha, y lo único que había averiguado era que Louise, o no guardaba su correo, o lo quemaba. Las demás deben de estar cenando, se dijo. Diré que me dolía terriblemente la cabeza.

Bajó con sigilo las escaleras, atravesó deprisa el gran salón y la terraza y entró en el comedor. El recinto estaba lleno del sonido de la risa y la charla de las chicas. Sin que nadie se fijara en ella, ocupó su sitio al lado de *Madame*, en la mesa del salón discretamente pretencioso de la Academia para Damas Jóvenes de la señorita Burke.

En respuesta a los ojos inquisitivos de *Madame*, mintió:

—Me dolía terriblemente la cabeza. Me he echado a descansar y he debido de dormirme… No he oído la campanilla de la cena.

Hablaba con la delicada excelencia de dicción y acento que la señorita Burke tanto deseaba que adquirieran sus alumnas. Ethel era, en opinión de la señorita Burke, el epítome de todo lo que podía anhelar en relación con ellas. Una joven dama de diecisiete años con formación y riqueza y una mente ciertamente brillante. La mayoría de las chicas de la Academia catalogaba a Ethel más bien en la categoría de «estúpida» —para las cosas de la vida—. Ethel, por su parte, culpaba de su impopularidad a Louise Semon, una chica francesa de belleza exquisita.

Según se reconocía normalmente, Louise era la Abeja Reina de la Academia. Las chicas la veneraban, y las profesoras, celosas, la admiraban tanto por su inteligencia como por su belleza algo misteriosa. Era una chica alta, maravillosamente proporcionada, con una piel aceitunada oscura. El pelo negro azabache le enmarcaba la cara y caía exuberante y ondulado sobre sus hombros —a veces, a cierta luz, emitía un halo azulado—. Sus ojos, como *Madame* (en la mesa cuatro) había proclamado en un arrebato de admiración una vez, eran negros como la noche. A Louise la quería todo el mundo; todo el mundo menos Ethel, y quizá la propia señorita Burke, resentida por la influencia que la chica ejercía sobre toda la Academia. La señorita Burke pensaba que no era bueno para la escuela ni para la propia Louise. Ésta había presentado referencias excelentes de la Petite École de Francia y la Mantone

Academy de Suiza. La señorita Burke no conocía ni al padre ni a la madre de la chica, que residían en su chalet de Ginebra. Las gestiones se habían llevado a cabo a través de un tal señor Nicoll, tutor de Louise en los Estados Unidos —y de quien la señorita Burke recibía su cheque anual—. Louise había llegado a comienzos del semestre de otoño, y en cinco meses tenía a toda la Academia comiendo de la palma de su mano.

Ethel aborrecía a Louise Semon, quien, se rumoreaba, era hija de un conde francés y de una rica heredera corsa. Lo odiaba todo en ella: su físico, su popularidad, los detalles más nimios de su persona y su forma de ser. Y Ethel no sabía exactamente por qué; no era sólo porque fuera celosa, aunque sí en gran parte; no era porque pensara que Louise se reía de ella a su espalda, o porque actuara como si Ethel no existiera… Había algo más. Ethel sospechaba algo de Louise que nadie habría imaginado jamás, y estaba decidida a averiguar si estaba en lo cierto. Si su sospecha se confirmaba, Louise ya no sería tan maravillosa. Puede que no hubiera encontrado nada en su cuarto hacía un rato, ni siquiera una carta, nada. Pero Ethel sonreía hacia la mesa donde estaba Louise riendo y hablando alegremente, acaparando la atención de todas sus compañeras… ¡porque aquella misma noche tenía planeada una reunión con la señorita Burke!

II

El reloj de pie daba las ocho en el recibidor del despacho de la señorita Burke, donde Ethel estaba de pie esperando, nerviosa. La luz era tenue, y las esquinas de la salita estaban a oscuras. Todo tenía un aire frío y victoriano. Ethel esperó junto a la ventana, contemplando la primera nevada del año, la envoltura blanca de los árboles desnudos y la capa polvorienta y plateada de la tierra. «Tengo que escribir un poema sobre esto algún día… "La primera nevada", por Ethel Pendleton.» Sonrió con languidez y se sentó en un sillón tapizado de oscuro.

La puerta del fondo del recibidor se abrió y salió Mildred Barnett del despacho de la señorita Burke.

—Buenas noches, señorita Burke, y muchas gracias por su ayuda.

Ethel emergió de las sombras y cruzó deprisa el recibidor. Se detuvo ante la puerta y aspiró profundamente. Sabía exactamente lo que iba a decir; a fin de cuentas, la señorita Burke tenía que enterarse de su sospecha: era por el bien de toda la escuela, y por nada más. Pero Ethel sabía que se mentía a sí misma. Llamó con unos golpecitos suaves y esperó hasta que oyó la voz aguda de la señorita Burke.

—Adelante, por favor.

La señorita Burke estaba sentada enfrente de la chimenea, tomando café en una taza pequeña de porcelana. No había más luz que la del fuego en el despacho, y, mientras se sentaba en el suave cojín que había a los pies de la señorita Burke, Ethel pensó que, de alguna forma extraña, la escena evocaba la paz y el contento de una tarjeta navideña.

—Qué bien que vengas a verme, Ethel, querida… ¿Puedo hacer algo por ti?

A Ethel casi le entraron ganas de reírse; era tan divertido, tan irónico. Dentro de tan sólo un cuarto de hora, aquella vieja serena y calma se vería sacudida en lo más hondo.

—Señorita Burke, me he enterado de algo que, me parece, requiere su inmediata atención. —Había elegido con cuidado las palabras, y las había acentuado tal y como la señorita Burke juzgaba correcto y refinado—. Es sobre Louise Semon. Verá, un amigo de mi familia, médico, me llamó hace poco aquí a la escuela y…

La señorita Burke dejó la tacita y escuchó la historia de Ethel con horrorizado asombro. Su rostro solemne se congestionó. En un momento dado del relato, exclamó:

—Pero, Ethel, eso no puede ser verdad. Hice todo el papeleo a través de una persona de probada integridad, el señor Nicoll. Sin duda él sabe que nosotros jamás permitiríamos tal cosa…, ¡algo tan horroroso!

—Sé que es verdad —dijo Ethel, irritada ante su incredulidad—. ¡Lo juro! Llame a ese señor Nicoll mañana y pregúnteselo. Dígale que esta situación intolerable pone en peligro la reputación de su escuela… si es que estoy en lo cierto. Y sé que lo estoy. No, no se fíe sólo del señor Nicoll. Seguramente hay autoridades…

La señorita Burke asintió con la cabeza. Empezaba a dar más crédito a lo que había oído, y se sentía más y más escandalizada ante ello. Sólo se oía el sonido de la voz de Ethel y el ronroneo suave del fuego, mientras la nieve caía suavemente fuera y susurraba en los cristales.

III

Cuando Ethel llegó a su cuarto había una luz mortecina encendida en el pasillo. La señal para que se apagaran las luces había sonado hacía más de una hora. En el instante mismo en que entró en su cuarto supo que algo pasaba. Supo que no estaba sola.

Susurró asustada:

—¿Quién está ahí?

Con súbito terror pensó: «Es Louise. Lo ha averiguado de algún modo; lo sabe y ha venido a buscarme.»

Entonces, por encima de los latidos de su corazón, oyó un suave frufrú de seda y sintió que una mano le asía con fuerza el brazo.

—Soy yo. Mildred.

—¿Mildred Barnett?

—¡Sí, y he venido para que dejes de hacer lo que estás haciendo!

Ethel intentó reír, pero se interrumpió, y en lugar de reírse tosió.

—No tengo la menor idea, la más remota idea de lo que estás hablando. ¿Dejar de hacer qué?

Pero detectó la falsedad en la voz y se asustó.

Mildred la sacudió.

—¡Sabes de lo que hablo! Has ido a ver a la señorita Burke hace un rato. Y me he quedado escuchando. Puede que no sea una cosa muy honorable, pero me alegro de haberlo hecho porque así podré ayudar a Louise ante la mentira que has dicho de ella.

Ethel trató de zafarse de la mano de su acusadora.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño!

—Has mentido, ¿verdad?

La voz de Mildred sonaba ronca y furiosa.

—No, no… Era cierto. Lo juro. La señorita Burke va a descubrir si es verdad, y entonces verás. ¡Verás que la pequeña Louise Semon no es tan maravillosa como piensas!

Mildred soltó el brazo de Ethel.

—Escucha, me da exactamente igual si es verdad o no. Tú ni siquiera estás en clase con esa chica. —Hizo una pausa, y eligió las palabras cuidadosamente—: Hazme caso: o vas a ver a la señorita Burke y le dices que todo era mentira, o no me hago responsable de tu salud, Ethel Pendleton. ¡Estás jugando con fuego!

Dicho esto a modo de despedida, Mildred Barnett salió del cuarto dando un portazo a su espalda.

Ethel se quedó temblando en la terrible oscuridad. No era por Louise —eso no le importaba—, sino por las otras. Seguramente Mildred se lo contaría a todas sus compañeras, y ésa fue la razón por la que de pronto supo que iba a ponerse a llorar.

IV

La señorita Burke estaba echada en el sofá de su despacho, con la cabeza apoyada sobre un enorme almohadón de seda de color rosa. Se apretaba los ojos con las manos, tratando de ahuyentar el sordo dolor que le estaba minando los nervios alterados.

La señorita Burke pensó, con un estremecimiento, en lo que habría pasado si Ethel se lo hubiera contado a las demás alumnas en lugar de a ella; las chicas, a su vez, se lo habrían contado a sus padres. Sí, a Ethel había que darle la enhorabuena.

Cuando Ethel entró en el reino privado de la directora de la escuela, el reloj del recibidor estaba dando las cinco. El tenue sol invernal había desaparecido, y la luz gris del atardecer se colaba sin fuerza a través de las ventanas pesadamente encortinadas. Se dio cuenta enseguida de que la señorita Burke estaba en un estado de turbación emocional.

—Buenas tardes, querida.

La voz de la señorita Burke dejaba entrever su tensión y su cansancio.

—¿Quería verme?

Ethel intentó mantener, en la medida de lo posible, una apariencia de inocencia. La señorita Burke le hizo un gesto, molesta.

—Vayamos directamente al grano. Tenías razón. Llamé al señor Nicoll y le pedí un informe completo de los padres de Louise. Su madre es una norteamericana negra, mulata para ser exacta, del Oeste. Era bailarina (muy buena, al parecer) en París, y se casó con un noble francés, Alexis Semon. Así que Louise es, como sospechabas, una persona de color. *Cuarterona*. Creo que ése es el término técnico. Qué lástima. Pero, naturalmente, la situación es intolerable, como le expliqué al señor Nicoll. Le dije que la íbamos a expulsar de inmediato. Va a venir a recogerla esta misma noche. Como es lógico, he tenido una entrevista con Louise y le he explicado la situación de la forma más amable posible. Oh, pero ¿a qué viene hablar de esto ahora…?

Miró a Ethel como buscando comprensión, pero lo único que vio fue la cara de una jovencita cuyos labios finos se habían alargado en una sardónica sonrisa triunfal. La señorita Burke tuvo la súbita conciencia de que le había hecho el juego a una chica celosa. Dijo, bruscamente:

—¿Quieres dejarme sola, por favor?

Cuando Ethel se hubo ido, la señorita Burke siguió tendida en el sofá recordando, con horrible nitidez, lo que Louise había dicho en su defensa. ¿Qué importaba eso? No parecía de color. Era tan inteligente y encantadora como sus compañeras, y mejor educada que la mayoría. Era feliz allí. ¿No era Norteamérica una democracia?

La señorita Burke trató de consolarse con el pensamiento de que había hecho lo que tenía que hacer; después de todo, su academia estaba de moda. La habían engañado para que aceptara a la chica. Pero algo en su interior seguía diciéndole que se equivocaba, ¡y que era Louise quien tenía razón!

V

Eran las nueve de la noche y Ethel estaba en la cama con la mirada fija en el techo, tratando de no pensar en nada y no oír nada. Quería dormirse y olvidar.

De pronto oyó un débil golpecito en la puerta. Instantes después ésta se abrió, y allí estaba Louise Semon.

Ethel cerró los ojos con fuerza; no había contado con aquello.

—¿Qué quieres?

Hablaba mirando al techo, sin volver la cabeza.

La preciosa jovencita estaba junto a su cama y la miraba directamente a la cara. Ethel sintió sus ojos oscuros fijos en ella y supo que estaban hinchados de llorar.

—He venido a preguntarte por qué me has hecho esto. ¿Tanto te disgusto?

—Te odio.

—¿Por qué? —le preguntó Louise con gravedad.

—No lo sé… Por favor, vete. ¡Déjame sola!

Oyó cómo Louise abría la puerta.

—Ethel, eres una chica extraña. Me temo que no entiendo…

Y la puerta se cerró.

Minutos después Ethel oyó un coche en el camino de entrada. Miró por la ventana y vio una limusina negra que salía por la gran puerta de piedra y abandonaba el terreno de la escuela. Cuando Ethel se dio la vuelta, se encontró frente a frente con Mildred Barnett.

Mildred dijo, simplemente:

—Bien, Ethel. Has ganado y has perdido, ambas cosas a un tiempo. Te dije que estabas jugando con fuego. Sí, Ethel, en cierto sentido tu interpretación ha sido brillante, desde luego. ¿Debo aplaudirte?

Esto es para Jamie

I

Todas las mañanas, salvo los domingos, la señorita Julie llevaba a Teddy a jugar al parque. A Teddy le encantaban esas salidas diarias. Se llevaba la bicicleta o algún juguete y se divertía mientras la señorita Julie, contenta de quitárselo de encima, chismorreaba con las otras niñeras y coqueteaba con los militares. A Teddy le gustaba más el parque por la mañana, cuando el sol caldeaba el día y el agua saltaba de las fuentes en chorros cristalinos.

—Parece oro, ¿verdad, señorita Julie? —le decía a la niñera vestida de blanco y maquillada con esmero.

—¡Ya me gustaría que lo fuera! —rezongaba la niñera.

La noche anterior al día en que Teddy conoció a la madre de Jamie había llovido, y a la mañana el parque estaba verde y fresco. Aunque eran casi finales de septiembre, parecía una mañana de primavera. Teddy corría por los senderos pavimentados del parque con una fogosidad desatada. Era un indio, un detective, un potentado sin escrúpulos, un príncipe de cuento de hadas; era un ángel, era alguien que escapaba de unos asaltantes a través de la maleza… Pero, antes que nada, era feliz y tenía dos horas enteras para sí mismo.

Estaba jugando con el lazo de *cowboy* cuando la vio. La mujer se acercó por el sendero y se sentó en uno de los bancos vacíos. Fue el perro que llevaba lo que primero le llamó la atención. Teddy adoraba a los perros. Estaba loco por tener uno, pero papá había dicho que no, porque no quería tener que robar un cachorro, y porque si te hacías con uno ya crecido no iba a ser lo mismo. El perro de la mujer era justo lo que siempre había querido. Era un terrier de pelo duro, apenas mayor que un cachorrillo.

Se acercó despacio, un poco cohibido, y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Buen chico… Sí, señor…

Era lo que decían en las películas y en las historias de aventuras que le leía la señorita Julie.

La mujer levantó la vista. Teddy calculó que sería más o menos de la edad de su madre, pero su madre no tenía el pelo tan bonito. Era como oro, suave y ondulado.

—Es un perro precioso. Me gustaría tener uno igual.

La mujer sonrió, y fue entonces cuando pensó que era muy guapa.

—No es mío —dijo la mujer—. Es de mi hijo pequeño.

También su voz era bonita.

Al oírla a Teddy se le encendieron los ojos.

—¿Tiene un hijo como yo?

—Bueno, es un poco mayor que tú. Tiene nueve años.

Teddy exclamó con entusiasmo:

—Yo tengo ocho. Casi.

Parecía más pequeño. Era bajo para su edad, y de tez muy oscura. No era un chico guapo, pero tenía una cara amistosa y unos modales encantadores.

—¿Cómo se llama su hijo?

—Jamie… Jamie.

Parecía que decirlo la hacía feliz.

Teddy se sentó en el banco al lado de la mujer. El cachorro seguía juguetón, y no paraba de brincarle encima y de arañarle las piernas.

—Siéntate, Frisky —le ordenó la mujer.

—¿Se llama así? —le preguntó Teddy—. Es un nombre genial. Y el perrito es tan bonito. Me gustaría tener un perro; podría traerlo al parque todos los días, y podríamos jugar, y a la noche se sentaría en mi cuarto y podría hablarle a él en lugar de a la señorita Julie. Porque a Frisky no le importaría de qué le hablara, ¿verdad, Frisky?

La mujer lanzó una sonora —y en cierto modo triste— carcajada.

—A lo mejor es por eso por lo que a Jamie le gusta tanto Frisky.

Teddy le hizo mimos al cachorro pegado a su pierna.

—¿Jamie corre con él en el parque, y juega a indios y cosas?

La mujer dejó de sonreír. Desvió la mirada y miró hacia el estanque. Durante un momento, Teddy pensó que estaba furiosa con él.

—No —respondió—. No, no corre con Frisky. Sólo juega con él en el suelo. No puede salir. Por eso saco a Frisky de paseo. Jamie nunca ha estado en el parque… Está enfermo.

—Oh, no lo sabía. —Teddy se sonrojó. De pronto vio que la señorita Julie venía por el sendero, y supo que se enfadaría si lo veía hablando con una desconocida.

—Espero volver a verla —dijo—. Dígale «hola» a Jamie de mi parte. Tengo que irme, pero puede que vuelva a verla mañana si viene al parque, ¿no?

La mujer sonrió. Teddy volvió a pensar en lo guapa y simpática que era. Corrió por el sendero hacia la señorita Julie, que estaba echando migas de pan a las palomas. Miró hacia atrás y gritó:

—¡Adiós, Frisky!

El pelo ondulado de la mujer brilló al sol.

II

Aquella noche volvió a pensar en la mujer y en su hijo Jamie. Si no podía salir era que estaba muy enfermo. Y, mientras estaba en la cama, veía a Frisky una y otra vez. Esperaba que la mujer volviera al parque al día siguiente.

La señorita Julie lo despertó por la mañana con una sacudida y una áspera orden:

—¡Levántate, holgazán! Levántate de esa cama ahora mismo o no irás al parque.

Teddy saltó al instante de la cama y corrió hasta la ventana. Era un día frío y claro, con el olor fresco de la mañana temprana. ¡Hoy se estaría fantástico en el parque!

—¡Yupi, yupi…! —gritó, y se metió corriendo en el cuarto de baño.

—¡Pero qué se supone que le ha entrado ahora a este niño…! —dijo la señorita Julie, presa del desconcierto, siguiendo con la mirada al desbocado Teddy.

Cuando llegaron al parque, Teddy se zafó de la señorita Julie cuando ésta se puso a charlar con otras dos niñeras. Los largos y sinuosos senderos del parque estaban casi desiertos. Se sentía completamente libre y solo. Se internó en la maleza y salió casi en la orilla del estanque, y allí, a cierta distancia, vio a la mujer y al perro.

La mujer levantó la mirada cuando el cachorro se puso a ladrarle a Teddy.

—Hola, Teddy —le saludó afectuosamente la mujer.

A Teddy le gustó que se acordara de él. ¡Qué amable era!

—Hola, hola, Frisky…

Se sentó en el banco, y el perro le saltó encima. Le lamió las manos y le hundió el morro en las costillas.

—Huy —gritó Teddy—. Qué cosquillas.

—Llevo esperándote casi diez minutos —dijo la mujer.

—¿Esperándome? —dijo él, sorprendido y loco de alegría.

—Sí —dijo ella, riendo—. Tengo que volver a casa con Jamie antes de que se acabe el día.

—Sí —dijo Teddy muy deprisa y lleno de contento—. Sí, eso, claro. Apuesto a que Jamie echa de menos a Frisky cuando está aquí en el parque. Si fuera mío, yo nunca dejaría que se me perdiera de vista.

—Pero Jamie no es tan afortunado como tú —dijo la mujer—. No puede correr ni jugar.

Teddy acarició a Frisky, y éste le apretó el hocico frío contra la mejilla caliente. Teddy había oído que, si tenían el morro frío, los perros estaban bien.

—¿Qué es lo que tiene Jamie?

—Oh —respondió ella vagamente—. Una especie de tos; una tos mala.

—Entonces no puede estar tan malo —dijo Teddy, sensatamente—. Yo tengo tos muchas veces, y nunca me he quedado en la cama más de dos o tres días.

La mujer sonrió débilmente. Siguieron sentados en silencio. Teddy acariciaba al cachorro en el regazo, y se moría de ganas de saltar del banco y ponerse a correr con

él por la pradera verde, en la que había un cartel que rezaba: PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED.

Al poco la mujer se levantó, recogió la correa y se la guardó en la mano.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Se va, en serio?

—Me temo que sí. Le he prometido a Jamie que volvería enseguida. Sólo he bajado al quiosco a comprarle unos tebeos. ¡Llamará a la policía si no me doy prisa!

—Oh —dijo Teddy, obsequioso—. Tengo montones de tebeos en casa. Le traeré a Jamie unos cuantos mañana.

—Estupendo —dijo la mujer—. Se lo diré. Le encantan los tebeos.

Echó a andar y se alejó por el sendero.

—Nos vemos aquí mañana; traeré los tebeos —le gritó—. ¡Traeré un montón!

—De acuerdo —le gritó ella, a su vez—. Mañana.

Y mientras la veía desaparecer, Teddy pensó en lo maravilloso que debía de ser tener una madre como ella y un perro como Frisky. Oh, Jamie es un chico con mucha suerte, pensó. Y entonces oyó la voz cortante de la señorita Julie:

—¡Teddy…! ¡Eh…, eh…! Ven aquí ahora mismo. La señorita Julie te ha estado buscando por todas partes. Eres un chico malo y la señorita Julie está muy enfadada contigo.

Teddy se dio la vuelta riendo, corrió hacia ella y, de súbito, mientras corría todo lo rápido que podía, se sintió como un árbol joven ladeado por el viento.

Aquella noche, cuando terminó de cenar y de bañarse, se puso a la tarea de reunir sus tebeos. Los tenía todos en completo desorden dentro del armario, en la caja de cedro y en la estantería. Con excepción de los tebeos de tapas multicolores, su estantería era todo un modelo de literatura solemne: *El libro del conocimiento para niños, Jardín de versos para niños, Libros que todo niño debería leer*…

Se las arregló para reunir treinta números bastante decentes antes de que su madre y su padre subieran a darle el beso de buenas noches. Su madre llevaba un largo traje de noche floreado, y flores y perfume en el pelo. Adoraba el aroma de las gardenias, de su punzante dulzor. Su padre llevaba esmoquin y sombrero de copa.

—¿Qué vas a hacer con esos tebeos? —le preguntó su madre.

—Son para un amigo —dijo Teddy, con la esperanza de que no preguntara nada más. No sería tan secreto, tan emocionante, si su madre se enteraba del asunto.

—Vamos, Ellen —dijo su padre con impaciencia—. El telón se levanta a las ocho y media, estoy harto de llegar al teatro cuando ya ha empezado la función.

—¡Buenas noches, cariño!

—Buenas noches, hijo.

Su padre le lanzó un beso antes de cerrar la puerta a su espalda. Luego, rápidamente, Teddy volvió a sus tebeos. Cogió el envoltorio de papel con el que había venido envuelto su traje nuevo, y los envolvió desmañadamente. Era un paquete grande. Lo ató con un cordel basto y grueso, y retrocedió un paso para

mirarlo. Había algo que no estaba bien, pensó. No era lo bastante llamativo: no parecía un regalo.

Fue a su escritorio, exploró el interior y dio con una caja de ceras de colores. Alternando el rojo con el verde, escribió las letras siguientes: ESTO ES —aquí cambió al azul y rojo— PARA JAMIE – DE TEDDY.

Satisfecho, escondió el paquete antes de que la señorita Julie entrara en el cuarto para apagar la luz y abrir la ventana.

A la mañana siguiente, antes de salir al parque, sacó su Vagón Rojo de Mercancías, metió el bulto dentro y lo tapó con unos juguetes.

Cuando llegaron al parque, Teddy supo que iba a ser muy fácil librarse de la señorita Julie. Llevaba su mejor vestido. Estaba muy excitada y se había puesto más carmín que de costumbre. Teddy sabía que esperaba encontrarse con el oficial O'Flaherty en el parque. El oficial O'Flaherty era el prometido de la señorita Julie, o eso creía ella, al menos.

—Bueno, Teddy, tú diviértete, pero ya sabes: la señorita Julie se reunirá contigo en la zona de recreo.

Teddy salió corriendo en dirección al estanque tan rápido como le permitía el vagón; con él a rastras, dando bandazos a su espalda, no podía tomar ningún atajo.

Vio a Frisky y a la mujer en el banco.

—Bueno, veo que vienes a tiempo —dijo la mujer al verle, riendo.

Teddy llevó el vagón hasta el banco, tiró los juguetes al suelo y mostró con orgullo su gran fardo de tebeos.

—Oh —exclamó la mujer—. ¡Qué paquete más grande! Jamie no va a poder leérselos todos. Van a encantarle, Teddy. Ven, deja que te dé un beso.

Teddy se ruborizó un poco cuando la mujer le besó en la mejilla.

—Eres un encanto de chico —le dijo con voz suave al levantarse y echarse encima el abrigo—. Anoche tuvimos que llevar a Jamie al hospital.

—¿No va a poder leer los tebeos? —preguntó Teddy con ansiedad.

—Sí, sí podrá —dijo ella, sonriendo—. Sí, por supuesto… Le tendrán ocupado. Lo único que me preocupa es si voy a ser capaz de cargar con ellos.

Levantó el pesado paquete y suspiró con cansancio. Frisky brincaba alrededor, tirando de la correa y haciendo que casi se le cayera de las manos a su ama.

—Basta ya, Frisky —le gritó Teddy.

—Bien, gracias otra vez, Teddy. Hoy no puedo quedarme. —Le hizo un gesto de despedida con la mano y echó a andar por el sendero. Frisky tiraba de la correa hacia atrás, para volver con Teddy.

—¿Vendrá al parque mañana? —le gritó Teddy.

—No lo sé… Puede que sí —le respondió la mujer.

Torció por un recodo y se perdió de vista.

Teddy tenía ganas de correr tras ella, de ir con ella al hospital a ver a Jamie, de jugar con Frisky, de que la mujer volviera a darle un beso en la mejilla y le dijera que

era un encanto. En lugar de eso, fue a la zona de recreo, se reunió con la señorita Julie y volvió con ella a casa.

Al día siguiente bajó al parque y fue directamente al banco, pero no había nadie. Esperó una hora y media, hasta que de pronto tuvo la certeza angustiosa de que no iba a ir…, de que nunca volvería al parque y no volvería a verla, y tampoco a Frisky. Tenía ganas de llorar, pero no se lo permitió.

Al día siguiente era domingo, y no pudo bajar al parque. Por la mañana fue a la iglesia. Luego recibieron la visita de su abuela, que se pasó toda la tarde haciéndole monerías.

—Si quieres saber mi opinión, Ellen, ¡este chico está enfermo! Se ha pasado la tarde actuando de una manera rara. Fíjate, le he dado dinero para que se compre un refresco y no lo ha querido. Me ha dicho que quiere un perro, un terrier que se llame Frisky. ¡No me digas que no es raro de verdad!

Aquella noche su padre trató de sonsacarle la verdad.

—Hijo, ¿no te sientes bien? Si te pasa algo puedes contármelo.

Teddy frunció los pequeños labios.

—Verás, papá, hay un perro, un perrito que se llama Frisky…, la madre de un niño enfermo…, Jamie…, y…

Su madre apareció en la puerta.

—Bill, si vamos a ir a casa de los Abbott será mejor que te des prisa. Nos esperan a los cócteles a las siete.

Su padre se levantó, miró el reloj y dijo:

—Hablaremos de ello en otra ocasión, hijo.

Y se fue del cuarto. Al poco Teddy oyó cómo se cerraba la puerta principal.

Estaba tumbado en la cama, llorando, cuando entró la señorita Julie. Estaba muy agitada y tenía la cara congestionada. Lo levantó en brazos y le dio unas palmaditas en la cabeza. Era la primera vez que Teddy veía a la señorita Julie consolar a alguien. Por espacio de un instante, incluso le gustó su niñera.

—¿Sabes qué, Teddy? ¡Oh, no lo adivinarías nunca! ¿Sabes qué?

Teddy levantó la mirada y dejó de llorar.

—No quiero adivinar. No me apetece adivinar. Mi padre y mi madre no me quieren; nadie me quiere… Nadie que usted conozca, al menos.

La señorita Julie le dijo, burlona:

—¡Oh, qué tontito eres, Teddy! Chico tonto… En fin, todos tenemos que pasar por tu edad, supongo.

¡La señorita Julie y su cantinela de la edad!

—Pero no lo has adivinado aún. Oh, bueno, te lo diré. ¡El señor O’Flaherty me ha pedido que me case con él!

Una gran sonrisa le ornaba el semblante.

—¿Y va a casarse usted con él? —le preguntó Teddy.

La señorita Julie alargó la mano y le enseñó un anillo de plata con una amatista,

que Teddy identificó como un anillo de compromiso.

Y acto seguido se levantó y se fue deprisa a su cuarto. No volvió para arroparle, ni para abrir la ventana.

A la mañana siguiente se despertó temprano. No había nadie levantado, ni siquiera la señorita Julie, y no se oía el menor sonido en el dormitorio de sus padres, ni en el de la doncella. Con cautela, calladamente, se vistió. Luego salió a hurtadillas del apartamento y recorrió el largo pasillo en dirección a las escaleras. No se atrevió a llamar al ascensor.

En el parque hacía frío, pero era un día precioso. No se veía a nadie más que a un hombre dormido en un banco. Estaba hecho un ovillo, y parecía tan feo, aterido y hambriento que Teddy pasó corriendo por delante de él sin atreverse a volver a mirarle.

Fue hasta el estanque y se sentó en el banco donde siempre se sentaba la mujer. Estaba decidido a quedarse en aquel banco hasta que aparecieran Frisky y la madre de Jamie, aunque tuviera que pasarse allí todo el día.

El agua estaba hermosa. Imaginó que era un gran océano y que él lo surcaba en un barco mientras los músicos tocaban en segundo plano, como en las películas.

Llevaba allí sentado un largo rato cuando vio al primer jinete. Sabía que debía de estar haciéndose tarde si los jinetes salían ya al parque. Al primero le siguieron muchos más, y muy rápido. Los contó mientras pasaban. Había visto a muchas celebridades paseándose a caballo por el parque, pero si no estaba la señorita Julie para irlos identificando él no podía distinguirlos de la gente corriente.

De pronto oyó un ladrido y un gañido. Un pequeño foxterrier de pelo duro saltó al banco, a su lado.

—¡Frisky… Frisky…! —exclamó—. ¡Eres tú!

Un hombre alto sujetaba el otro extremo de la correa. Teddy alzó la mirada, desconcertado.

—¿Cómo te llamas, hijo? —le preguntó el hombre.

—Teddy —respondió él, con un hilo de voz asustada.

El hombre le tendió un sobre.

—Entonces supongo que esto es para ti.

Teddy rasgó el sobre, ansioso. La letra era alargada y airosa. A Teddy le costó leerla.

Querido Teddy:

Frisky es para ti. Jamie habría querido que te lo quedaras tú.

No llevaba firma. Teddy se quedó mirando la carta mucho tiempo hasta que no pudo seguir viéndola. Atrajo al cachorro hacia sí y lo apretó contra él todo lo que pudo. Encontraría la forma de explicárselo a su padre y a su madre.

Entonces se acordó del hombre. Levantó los ojos. Miró a su alrededor pero el hombre había desaparecido y lo único que vio fue el sendero y los árboles y el césped y el estanque rutilante al sol de la mañana.

Lucy

Lucy era sin duda el resultado del amor de mi madre por la cocina sureña. Yo estaba veraneando en el Sur cuando mi madre escribió a mi tía y le pidió que encontrara una mujer de color que cocinara bien y que estuviera dispuesta a trabajar en Nueva York.

Tras rastrear toda la comarca, dio con Lucy. Su piel era de un oliva intenso y tenía los rasgos más finos y menos marcados que los de la mayoría de los negros. Era alta y un tanto rolliza. Había sido maestra en la escuela de niños de color. Pero parecía poseer una inteligencia natural, que no le venía de los libros sino de su condición de criatura con una profunda comprensión y compasión por todo lo existente. Como la mayoría de los negros del Sur, era muy religiosa, y aún hoy la veo sentada en la cocina leyendo la Biblia, y aseverando ante mí, con la mayor de las gravedades, que era «hija de Dios».

Así que nos consiguió a Lucy, y cuando bajó del tren aquella mañana de septiembre en la Estación de Pensilvania, pudimos ver con claridad el orgullo y el triunfo en sus ojos. Me dijo que toda su vida había querido venir al Norte, y, según sus palabras, «vivir como un ser humano». Aquella mañana sintió que no quería volver jamás a Jim Crow[4], ni a su fanatismo y crueldad.

En aquel tiempo vivíamos en un apartamento de Riverside Drive. Teníamos unas vistas increíbles del río Hudson y de las Palisades de Nueva Jersey desde todas las ventanas exteriores. Las Palisades se recortaban enhiestas contra el cielo, y por la mañana parecían heraldos que daban la bienvenida al alba; al anochecer, cuando el agua se sumía en una confusión de matices de rojo carmesí, los acantilados resplandecían magníficos, como centinelas de un mundo antiguo.

A veces, a la hora del crepúsculo, Lucy se sentaba ante una ventana del apartamento y contemplaba amorosamente el espectáculo del día agonizante en la más grande de las metrópolis del mundo.

—Mmm, mmm… —susurraba—. Si mamá y George estuvieran aquí y vieran esto…

Y al principio le encantaban las luces brillantes y los ruidos de todo tipo. Casi todos los sábados me llevaba a Broadway, donde nos entregábamos a auténticos excesos teatrales. A ella le volvían loca los vodeviles, y sólo el cartel de Wrigley ya era para ella todo un espectáculo.

Lucy y yo estábamos siempre juntos. A veces, por la tarde, después del colegio, solía ayudarme a hacer los deberes de matemáticas (era muy buena en matemáticas). Leía mucha poesía, pero no sabía nada de poesía salvo que amaba el sonido de las palabras, y, ocasionalmente, el sentimiento que había tras ellas. Fue por estas lecturas por las que primero me di cuenta de lo nostálgica que en realidad se sentía. Cuando leía poemas de tema sureño, los leía maravillosamente bien, con una compasión

única. Su voz suave recitaba los versos con ternura y comprensión, y si yo levantaba la mirada con la rapidez suficiente alcanzaba a vislumbrar un destello de lágrima en la exquisita negrura de sus ojos. Si se me ocurría mencionarlo, ella se echaba a reír y se encogía de hombros.

—Pero es muy bonito, ¿verdad?

Cuando trabajaba, Lucy siempre acompañaba lo que estuviera haciendo con un cantar suave —*blues* del mejor—. Me gustaba oírla cantar. Una vez fuimos a ver a Ethel Waters, y se pasó los días siguientes imitándola, hasta que por fin nos anunció que iba a presentarse a un concurso de aficionados. Nunca olvidaré ese concurso. Lucy quedó en segundo puesto, y casi me despellejo las manos aplaudiéndola. Cantó «It's De-Lovely, It's Delicious, It's Delightful». Aún hoy recuerdo la letra —la ensayamos tantas veces…—. Le daba un miedo mortal la posibilidad de olvidarse de ella en el escenario, y cuando llegó el momento su voz le tembló justo lo bastante para modular un tono parecido al de Ethel Waters.

Pero al final Lucy abandonó su carrera musical, porque conoció a Pedro, y no le quedaba tiempo para mucho más. Pedro era uno de los trabajadores del sótano del edificio, y Lucy y él eran más melosos que la melaza. Lucy llevaba en Nueva York sólo cinco meses cuando aconteció su encuentro y aún estaba, técnicamente hablando, muy verde. Pedro era muy mañoso, y vestía ropa llamativa, y además yo estaba enfadado porque Lucy ya no me llevaba al teatro. Mamá se rió y dijo:

—Bueno, creo que la hemos perdido; se va a volver una norteña.

A ella no parecía importarle demasiado, pero a mí sí.

Al final a Lucy tampoco le gustó Pedro, y se sintió más sola que nunca. A veces leía su correo cuando lo dejaba por la casa abierto. Las cartas eran más o menos así:

Querida Lucy:

Tu papá se ha puesto enfermo, y está en la cama. Te dice hola.

Supongo que ahora que estás allí ya no tienes tiempo para nosotros, tus pobres padres. Tu hermano George se ha ido a Pensacola, a trabajar en una fábrica de botellas. Te mandamos todo nuestro amor,

Mamá

A veces, muy de noche, la oía llorar sin ruido en su habitación, y fue así como supe que se iba a volver a casa. Nueva York no era más que una soledad inmensa. El río Hudson seguía susurrando «Alabama River». Sí, el río Alabama con todas sus crecidas de agua rojiza y cenagosa y todos sus pantanosos y pequeños afluentes.

Las luces brillantes —unas cuantas farolas luciendo en la oscuridad—, el canto solitario de un chotacabras, un tren que lanza su obsesivo aullido en la noche… Duro cemento, acero brillante y frío, humo, espectáculos de variedades, el ahogado sonido del metro en sus túneles gélidos y húmedos. Traqueteo, repiqueteo, suave hierba

verde y sí, sol caliente, mucho sol, pero tan apaciguador, los pies desnudos, y el riachuelo fresco de lecho de arena, con guijarros redondeados y resbaladizos como jabón. La ciudad no es lugar para alguien de la tierra, mamá me llama a casa. George, soy hija de Dios.

Sí, sabía que iba a volver a casa. Así que cuando me dijo que se iba no me sorprendió. Abrí y cerré la boca, y sentí las lágrimas en los ojos y la sensación de vacío en el estómago.

Se fue en mayo. Era una noche cálida y el cielo, sobre la ciudad, estaba rojo. Le regalé una caja de bombones —cerezas cubiertas de chocolate, lo que más le gustaba — y un montón de revistas.

Mi padre y mi madre la llevaron a la estación de autobuses. Cuando se fueron del apartamento corrí a la ventana, me apoyé en el alféizar y esperé, y los vi salir y subir al coche, que se deslizó despacio, airosamente, hasta perderse de vista.

Pero oí que decía:

—Oooh, mamá, Nueva York es maravillosa, toda esa gente… Y he visto estrellas de cine en persona, oh, mamá…

Tráfico Oeste

IV

Cuatro sillas y una mesa. Encima de la mesa, papel; en las sillas, unos hombres. Ventanas que dan a la calle. En la calle, gente; contra la ventana, lluvia. Se trataba, quizá, de una abstracción, de una mera imagen pintada, pero la gente, inocente, confiada, se movía allí abajo, y la lluvia mojaba la ventana.

Porque los hombres no se inmutaban; el documento legal, preciso, que había sobre la mesa no se movía. Entonces…

—Caballeros, nuestros cuatro intereses se han aunado, cotejado y armonizado. Ahora los actos de cada uno deberán plegarse al interés común en todos sus detalles. Así, sugiero que expresemos nuestro consentimiento y nos despidamos.

Se levantó uno de los hombres con un papel en las manos. Le imitó un segundo, que le tomó el papel, lo examinó y habló:

—Esto satisface nuestras necesidades; lo hemos hecho bien. Nuestras empresas sin duda afianzan su ventaja y su seguridad con esta hoja de papel. Sí, en este documento intuyo un gran beneficio. Así que lo firmaré.

Se puso en pie un tercero. Se ajustó las gafas, examinó el papel. Sus labios se movieron en silencio y sus palabras se hicieron audibles (no sin que él las hubiera sopesado antes minuciosamente).

—Hemos de admitir (también nuestros abogados lo admiten) que la redacción y las palabras de este escrito *son claras*. Todos los que me han aconsejado están de acuerdo: contiene, pese al poder que se arroga, lo que legalmente puede ser, lo que por ley es. Así que lo firmaré.

Volvió a leer el documento y se lo pasó al cuarto hombre.

Siendo como era un ejecutivo como los demás, de buena gana habría firmado y se hubiera ido. Pero se le ensombreció la expresión. Siguió sentado, leyendo, examinando, analizando. Y al cabo dejó el papel en la mesa.

—Pese a estar de acuerdo, no puedo firmar este documento. Y tampoco pueden hacerlo ustedes. —Vio el sobresalto en los semblantes—. Es el poder que emana de él lo que lo *condena*. Las razones mismas que ustedes han aducido ponen de manifiesto las medidas ajustadas a la ley que él *permite*. Su voluntad de *enorme* alcance, la absoluta *certeza* de obtención de apoyo, los pasos gigantescos que *autoriza*… son

algo que, si bien se ajusta a la ley, no podemos suscribir. Si hubiera sido ilegal, podríamos arriesgarnos, porque la ley actuaría entonces en nuestra contra, *apoyando*, no oprimiendo, a los millares de trabajadores; protegiendo, no arrasando, los intereses de los más débiles.

»Pero si la ley, nuestro gobierno, nos *otorga* el derecho de conseguir —en virtud de medidas legales— una decena de miles de personas favorables a nuestros intereses —y, peor aún, si abusamos de los mismos cuyos derechos representamos—, entonces habremos de trazar una línea roja, y rechazar una medida que pone en peligro el bienestar de esa multitud de gentes a nuestro cargo.

»Tenemos poder, al igual que todos aquellos que sirven a los grandes intereses. Pero si hemos de juzgar por la ley de Dios, algo harto difícil de hacer para las mentes adineradas, sentimos —como hombres con poder— que tenemos un deber para con el "hombre de la calle", y, caballeros, les ruego por lo tanto que no den el visto bueno a una acción tan egoísta.

La sala volvió a quedar en silencio. Un hombre de negocios acababa de abolir un código, y al hacerlo instauraba otro.

Otros tres vieron su razonamiento, y, al verlo, reemplazaron sus viejos objetivos de negocio por objetivos de hermandad.

—Cojamos el autobús y vayámonos lejos, y antes rompamos este documento a la manera legal.

III

El sol vivo de la mañana se filtraba entre las hileras de tejados expectantes y daba contra las persianas echadas de la casa de la colina.

Se agitaron las mantas de una cama enorme, medieval, y una cabeza somnolienta se dio la vuelta sobre la almohada al oírse una llamada en la puerta.

Dos hombres jóvenes recién afeitados y acicalados entraron en la habitación.

—Buenos días, tío. Tu zumo de naranja —saludó uno de ellos mientras su hermano iba hasta las ventanas y subía las persianas. El ávido sol, bienvenido por el gesto, inundó el dormitorio.

—Llegáis tarde, Gregory —gruñó el hombre de la cama. Sorbió el zumo y se incorporó—. ¡Maldita sea…! Si Minnie vuelve a dejarme otra vez pepitas en el zumo, me desharé de ella.

Escupió la pepita en la alfombra.

—Recógela, Henry, y tírala a la papelera —ordenó.

—Tío —dijo Gregory con una sonrisa, al volver de la papelera—. ¿Qué tal tienes la pierna? Tenemos buenas noticias…

—Cállate —le dijo el hombre con voz áspera—. Cuando le digo a Henry que haga algo, quiero que lo haga *Henry*. Por mucho que seáis gemelos, quiero diferenciaros. Así que, Gregory, saca esa pepita de la papelera y deja que la tire Henry, como le he dicho que haga.

»Toda mi vida me he asegurado de que las cosas fueran *precisamente así*. He mantenido mi biblioteca siempre igual, y lo mismo he hecho con mi habitación. También he mantenido la casa idéntica. He ido a la ciudad a trabajar. He ido a la iglesia y he rezado, sin cambiar un ápice la forma de hacerlo. He pensado y actuado como debía. Mi mayor fuerza como alcalde no ha estado en mí mismo sino en mis hábitos saludables…

—Oh, te van a volver a votar, tío —le animó uno de sus sobrinos—. Pero ahora te traemos buenas noticias…

—¡Dios, muchacho, por supuesto que van a volver a votarme! —le interrumpió el inválido—. No estoy hablando de eso. —Pidió otra almohada con un gesto impaciente—. Mi mayor preocupación sois vosotros dos. Vuestro difunto padre quiso que me hiciera cargo de vosotros. Pero, Dios, ¿qué puedo hacer? Me he roto una pierna… y me la tendrán que amputar, ya sabéis. Os mando llamar para que os ocupéis de la alcaldía mientras me recupero. ¡Maldita sea! Ya es muy malo perder una pierna, pero mucho peor es perder unas elecciones por la estupidez de alguien ajeno. Y, decidme, ¿habéis tocado vosotros el crucigrama que había en el suelo? Porque necesito tener algo con lo que relajarme…

—Tenemos buenas noticias, tío…

Pero el inválido había vuelto a hundirse en las mantas. Su rabia remitía. Advirtió que el sol jugueteaba en lo alto de la cama.

—Antes escuchadme vosotros a mí —dijo con voz triste—. He vivido una buena vida. —Se volvió hacia ellos—. Pero nunca he tenido ninguna diversión. Ni una sola pizca. No he tenido tiempo ni para casarme. He dejado a las mujeres completamente en paz. No he fumado, ni bebido, ni mald… Diablos. Sí, he maldecido, pero maldecir *no es* divertido. Y nunca he disfrutado del golf, nunca he podido romper la barrera de los noventa. Tampoco me ha gustado la música…, ni la poesía, ni… —Pensó en su crucigrama. Calló. Siguió en silencio… Su mente emprendió un rumbo extraño, un rumbo que jamás había tomado antes.

El sol, ahora, le decía «hola» en la cara.

—¡Por Dios, muchachos! —exclamó—. ¡Nunca lo había considerado desde este ángulo! La política es un gran crucigrama…, un crucigrama delicioso. Y… —se incorporó por completo— ¡… lo mismo la vida! ¡Ahhh! —Nunca había sonreído de tal modo—. Anoche, Henry, pensé en que podría hacer algo con mi vida si tuviese las dos piernas. Pero ahora, lisiado o *no*, veo que puedo ser como… como… —Paseó la mirada por la habitación—. ¡Sí! ¡Como el sol!

Señaló con un dedo tembloroso y feliz la bola de fuego.

—¡Este tío *nuestro*!

Los gemelos rieron, y Henry dijo:

—Las piernas son todas tuyas. ¡Ésa es la buena noticia! El médico ha dicho que no es necesaria la amputación. Que tendrías que empezar a andar lo antes posible. ¡Mañana por la tarde cogeremos el autobús y nos iremos los tres a la ciudad!

II

Un disco de 254 milímetros giraba en el plato del tocadiscos. De un pequeño altavoz salía un hermoso y sonoro solo de trompeta. La chica se levantó del banco en el que había estado sentada. Buscó con la mano el interruptor y los agudos tonos de trompeta cesaron con un gorgoteo ahogado.

La música la había desasosegado; estaba inmersa en una ensoñación de su niñez.

Fuera de la cabina de audición, rodeados de hileras e hileras de álbumes, había dos hombres. Uno de ellos sacó un cuarteto de Beethoven de una de las hileras y se lo tendió al otro.

—Puede oír éste, señor, en cuanto la joven termine de escuchar su disco.

—No es necesario —dijo riendo el segundo hombre—. Creo que puedo fiarme del Cuarteto de Cuerda de Budapest sin oírlo antes.

La chica salió de la cabina y dejó cincuenta y cinco centavos encima del mostrador.

—Me lo llevo —dijo levantando el disco.

Así, el hombre y la joven salieron de la tienda de música con sendos discos bajo el brazo.

—Hace un día de calor —empezó la joven.

—Oh —respondió él—. El día ya no me dice nada. Ni tampoco la noche.

—¿Se siente así usted también? —dijo la joven, volviéndose con rapidez—. ¿Se siente como… como el motor de un camión… que está yendo y yendo y no sabe adónde…? —Se sonrojó; era un desconocido, a fin de cuentas—. Pero lo digo en serio: ¿le ve algún sentido a la vida?

—Para mí no hay noche; no hay día —respondió él con sinceridad—. En realidad sólo hay una cosa. —Levantó el disco—. Mi vida entera gira en torno a la música. —Se volvió hacia la joven. Vio que era bonita, pero era más por su encanto que por su cara. Con un movimiento amistoso, puso una mano en la de ella—. ¿Va a cruzar el parque?

—Puedo hacerlo —respondió la joven, y ambos echaron a andar por el sendero. Un minuto después llegaron a un banco de madera que había entre dos árboles.

—Siempre me paro aquí para tomarme un pequeño descanso —dijo él, soltando la mano de su acompañante—. Puede que volvamos a vernos.

El color volvió a aflorar a las mejillas de la joven. Temblaba ligeramente, y, tocando con una mano el abrigo del hombre, susurró:

—¿Le importa si me siento con usted? ¡Oh, *por favor*! ¡Debo hacerlo!

Seguía de pie, en silencio.

El hombre se mordió los labios; con suavidad, cogió el disco de la joven y lo dejó encima del banco, junto al suyo, y luego tiró de ella hasta sentarla a su lado. Instantes después la atrajo hacia sí, y, muy despacio, le pasó un brazo por el hombro.

—Me daba miedo abrigar esperanzas —musitó—, porque desde el momento

mismo en que te vi supe por qué la música significaba tanto para mí. Era una especie de sucedáneo; un glorioso sucedáneo de algo más delicado…, de algo…, de algo… —la miró— como tú.

Siguieron allí sentados, en mutuo embeleso.

—La tierra gira a nuestro alrededor como un gigantesco disco —siguió él—. Y este disco suena… Oye, escucha, ve… ¡Es la canción de la vida!

»La música está en todas partes. Estos árboles, este césped, este cielo se mueven a nuestro ritmo. —Extendió un brazo—. ¡Oh, amor!

Se inclinó hacia ella y la besó.

—Mañana por la tarde cogeremos el autobús e iremos a la ciudad para conseguir una licencia y demás.

—Sí —entonó ella, mientras le arreglaba el cuello de la camisa.

I

Querida madre:

Escribo esta nota, querida madre, con pluma verdaderamente humilde. Veo más allá de mis debilidades, y de las de mis semejantes. Aunque apenas mientras el sol salía esta mañana.

Mis primeros diez años de vida los he llenado con ego y ego y ego, y sólo ego. Quería comida, sueño y placer. Era como un mono embebido en sí mismo. Me tenía sin cuidado quién estuviera cerca de mí, y me tenía sin cuidado por qué.

Y entonces, los años que siguieron infundieron en mí un sentido creciente de «presencia». No importaba qué presencia: sólo sabía que si hacía lo que debía esa presencia «sonreía». Pero cuando sólo pensaba en mí mismo, y, al hacerlo, hacía daño a un semejante, esa presencia «fruncía el ceño».

Con el tiempo llegué a amar esa «presencia», y a llamarla Dios. Me ayudó a ver que era la verdad de la vida. Comprendí que debía seguirla, y traté de atraerla y tenerla cerca. Pero ella dijo: «No estás preparado», y me sobrevoló de cerca.

Me descorazonó descubrir que no la tenía. La rechacé rotundamente, y regresé… casi al primer estadio de mi vida. Empecé a fumar, a maldecir, a divertirme. Pensé que todo me daba igual.

Pero entonces esa «presencia» me susurró aliento. Y la escuché. Puso ante mí tal luz que no pude sino intentarlo. Mi único miedo era no alcanzar esa luz antes de mi muerte.

En la lucha, descubrí mi debilidad. Y Dios, mediante susurros, me mostró también mi fuerza. Y así aprendí otro método: si todo fallaba, era necesario un credo personal que amparase a un tiempo talentos y reveses.

Y ello provocó, ciertamente, grandes maravillas, porque la dificultad de la culminación me dio la oportunidad de conocer y probar mi fuerza.

Pero descubrí que este credo no podía colmarse, y decidí por tanto añadirle «Presencia de Dios», que hizo que —con total convicción— todo dolor y dificultad valieran la pena.

Aun con esta adición, la luz no venía. Ahora luchaba sólo por SU PRESENCIA en mi interior. Pero no la tenía. Dejé que Él me hablara; le rogué que lo hiciera. Seguí lo que Él dictaba: traté de hacer Su voluntad.

Y así, el sol me ha traído un regalo esta mañana. Querida madre, me ha llegado «eso», y en el día perfecto. El día perfecto, porque en mi mano tengo mi admisión a las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de Norteamérica. Mañana cogeré el autobús.

Tu amante hijo…

0

Associated Press: «Diez personas murieron anoche en el peor accidente de tráfico de la temporada. Un autobús de última hora de la tarde colisionó con un camión que circulaba en dirección contraria y volcó. Entre los fallecidos se cuentan cuatro ejecutivos, el alcalde de una ciudad pequeña y una joven. Para la lista completa de las víctimas, consúltese la página treinta y dos.»

«Porque todo hombre debe llegar al cielo a su modo.»

Almas gemelas

—Por supuesto, me quedé consternada. Cayó al río desde la barandilla del puente; era una altura enorme, y apenas hizo plaf. No había a la vista absolutamente nadie. —La señora Rittenhouse hizo una pausa para suspirar y revolver el té—. Yo llevaba un vestido azul ese día. Un vestido precioso… A juego con mis ojos. Al pobre Martin le gustaba mucho.

—Pero, según tengo entendido, ahogarse es placentero —dijo la señora Green.

—Oh, sí, claro: un método extraordinariamente placentero de…, de irte. Sí, estoy segura de que si el pobre hubiera podido elegir su forma de partir, habría elegido… el agua. Pero, por duro que pueda sonar, no puedo fingir que el hecho de librarme de él no me alegrara considerablemente.

—¿Por?

—Bebía, entre otras cosas —dijo en confianza la señora Rittenhouse con gravedad—. Y también era más bien proclive…, le gustaba mucho… flirtear. Y tergiversar.

—¿Mentir, quiere decir?

—Entre otras cosas.

Las dos damas charlaban en una pieza estrecha, de techo alto: un marco confortable, aunque sin distinción especial alguna. Los cortinajes, de un verde desvaído, las ponían al abrigo de la tarde de invierno. Y un fuego que chisporroteaba somnoliento en la chimenea de piedra arrancaba destellos amarillos en los ojos de un gato que estaba tendido hecho un ovillo junto al hogar; su collar de cascabeles tintineaba glacialmente cada vez que se movía.

—Nunca me han gustado los hombres que se llaman Martin —dijo la señora Green.

La señora Rittenhouse, la visitante, asintió con la cabeza. Estaba encaramada, muy tiesa, en una silla de aspecto frágil, y no paraba de agitar el té con una rodaja de limón. Llevaba un vestido violeta oscuro, y un sombrero negro, en forma de pala, sobre un pelo rizado y gris parecido a una peluca. Su cara era delgada, pero armada sobre líneas severas, como si la hubiera modelado una rigurosa disciplina: una cara que parecía contentarse con una única expresión de congoja.

—Ni los hombres que se llaman Harry —añadió la señora Green, cuyo marido se llamaba precisamente así.

La señora Green, con sus cien kilos aproximados de peso (disimulados tras un salto de cama color carne), ocupaba la mayor parte de un sofá de tres asientos. Su cara era enorme y cordial, y llevaba las cejas depiladas casi por completo y delineadas de una forma tan absurda que era como si alguien la hubiera sorprendido en medio de un acto bochornosamente íntimo. Se limaba las uñas.

Entre las dos mujeres había un vínculo difícil de definir: no era amistad, sino algo más. Tal vez la señora Rittenhouse diera más en el clavo que nunca cuando un día

proclamó: «Somos almas gemelas.»

—¿Todo eso sucedió en Italia?

—En Francia —rectificó la señora Rittenhouse—. En Marsella, para ser exacta. Maravillosa ciudad…, sutil…, todo luces y sombras. Mientras Martin caía del puente, le oí gritar. Algo muy siniestro. Sí, Marsella fue apasionante. Martin no tenía la menor idea de nadar, el pobre.

La señora Green escondió la lima entre los almohadones del sofá.

—A mí, personalmente, no me da ninguna pena —dijo—. Si llego a ser yo…, bueno, a lo mejor habría tenido una pequeña ayuda para subirse a la barandilla.

—¿De veras? —dijo la señora Rittenhouse, con expresión levemente iluminada.

—Por supuesto. Nunca me ha gustado lo que sé de él. ¿Se acuerda de que me contó el incidente de Venecia? Pero, aparte de eso, fabricaba salchichas o algo parecido, ¿no?

La señora Rittenhouse hizo una mueca agria con los labios.

—Era el rey de las salchichas. Al menos eso era lo que decía siempre. Pero no debería quejarme: la empresa se vendió por un precio fabuloso, aunque escapa a mi comprensión por qué a la gente le apetece comer salchichas.

—¡Y mírese! —bramó la señora Green, agitando una mano bien alimentada—. Mírese… Es una mujer libre. Libre para comprar y para hacer lo que se le antoje. Mientras que yo… —Trenzó los dedos y sacudió con solemnidad la cabeza—. ¿Otra taza de té?

—Gracias. Con un terrón, por favor.

Saltaban chispas de un tronco que se retorcía en la chimenea. El reloj de similor de la repisa de la chimenea dio la hora con tañidos musicales que brincaron en la quietud. Cinco.

Al poco, la señora Rittenhouse, con la voz entristecida por los recuerdos, dijo:

—Le regalé el vestido azul a una camarera del hotel: tenía un desgarrón en el cuello, donde se había agarrado Martin antes de caer. Y luego me fui a París y viví en un apartamento precioso hasta la primavera. Fue una primavera encantadora: los niños, en el parque, estaban tan limpios y callados. Me pasaba el día sentada dando de comer a las palomas. Los parisienses son neuróticos.

—¿Fue caro el entierro? El de Martin, quiero decir.

La señora Rittenhouse rió entre dientes e, inclinándose hacia delante, susurró:

—Lo mandé incinerar. ¿No es genial? Oh, sí… Metí las cenizas en una caja de zapatos, la envolví y la envié a Egipto. ¿Por qué allí? No lo sé. Lo cierto es que él odiaba Egipto. A mí me encanta, en cambio. Es un país maravilloso, pero él nunca quiso ir. Por eso es genial. Sin embargo, hay algo sumamente tranquilizador: puse una dirección en el remite del paquete, y *nunca lo devolvieron*. Creo que, después de todo, encontró al fin su sitio de descanso.

La señora Green se dio un manotazo en el muslo y rugió:

—¡El rey de las salchichas entre los faraones!

La señora Rittenhouse festejó la broma hasta donde se lo permitía su natural inescrutable.

—Pero Egipto… —suspiró la señora Green, secándose las lágrimas de risa de los ojos—. Siempre me he dicho a mí misma: Hilda, estás hecha para una vida de viajes: la India, Oriente, Hawái… Eso es lo que me he dicho siempre. —Y entonces, con cierto disgusto, añadió—: Pero no conoce usted a Harry, ¿verdad? ¡Oh, santo Dios! Insulso redomado. Burgués redomado. ¡Sin remedio!

—Conozco a los de su especie —dijo la señora Rittenhouse en tono agrio—. Se creen el nervio de la nación. Ja, ja. Ni siquiera molestan. Querida, todo puede resumirse así: si no tienen dinero, mejor librarse de ellos. Si lo tienen, ¿quién haría mejor uso de él que una misma?

—¡Qué razón tiene!

—Bueno, es patético… y no merece la pena perder el tiempo con ese tipo de hombres. Ni con ninguno.

—Muy atinada —comentó la señora Green. Cambió de postura, y al hacerlo su cuerpo enorme tembló bajo la negligée; luego se hundió un dedo pensativo en la mejilla oronda—. A menudo he pensado en la posibilidad de divorciarme de Harry —dijo—. Pero sería muy muy caro. Además, llevo casada diecinueve años y prometida otros cinco; si se me ocurriera sugerir tal cosa estoy segura de que el *shock* podría…

—Matarlo —acabó la frase la señora Rittenhouse, y acto seguido bajó la mirada hacia la taza. Un golpe de rubor tiñó sus mejillas, y sus labios se fruncieron y desfruncieron con alarmante rapidez. Instantes después, dijo—: He estado pensando en un viaje a México. Hay un lugar encantador en la costa que se llama Acapulco. Muchísimos artistas viven allí; pintan el mar a la luz de la luna…

—México. Mé-xi-co —dijo la señora Green—. Un nombre que canta. A-ca-pul-co, Mé-xi-co… —Dio una palmada al brazo del sofá—. Dios, ¡qué no daría por ir con usted!

—¿Por qué no viene?

—¡Por qué! Oh, puedo oír a Harry diciendo: «Sí, claro, ¿y cuánto necesitas?» ¡Oh, le estoy oyendo…! —Volvió a golpear el brazo del sofá—. Claro que si yo tuviera dinero propio… Bien, no lo tengo, y no hay más que hablar.

La señora Rittenhouse dirigió una mirada reflexiva hacia el techo; cuando habló sus labios apenas se movieron:

—Pero Henry sí lo tiene, ¿no?

—Un poco. Su seguro. Unos ocho mil en el banco… Eso es todo —respondió la señora Green, y no había nada de casual en su tono.

—Sería fantástico —dijo la señora Rittenhouse, apretando una mano delgada y sigilosa contra la rodilla de su interlocutora—. Sería ideal. Solas las dos. Alquilaríamos una casita de piedra en las montañas, que diera al mar. Y en el jardín (porque tendríamos jardín) habría árboles frutales, y jazmines, y algunas noches colgaríamos farolillos japoneses e invitaríamos a fiestas a los artistas…

—¡Qué maravilla!

—… y contrataríamos a un guitarrista para que nos diera la serenata. Sería una espléndida sucesión de puestas de sol y de cautivadores paseos bajo las estrellas, a la orilla del mar.

Durante largo rato, sus ojos intercambiaron una mirada inquisitiva, escrutadora; y el misterioso entendimiento entre las dos mujeres floreció en una sonrisa recíproca, que en el caso de la señora Green se convirtió en una risita nerviosa.

—Qué tontería… —dijo—. Yo nunca podría hacer algo semejante. Tendría mucho miedo de que me cogieran.

—De París fui a Londres —dijo la señora Rittenhouse, quitándole la mano de la rodilla a la señora Green y ladeando la cabeza en un ángulo acusado; le resultaba difícil, sin embargo, ocultar su decepción—. Un lugar deprimente: horrorosamente caluroso en verano. Un amigo me presentó al primer ministro. Era…

—¿Veneno?

—… una persona encantadora.

Sonaron los cascabeles cuando el gato estiró y se lamió las patas. Luego desfiló por la salita cual una sombra, con la cola arqueada en el aire como una varita emplumada; se restregó los costados contra la oronda pierna de su ama. Ésta lo levantó, se lo pegó al pecho y le plantó un sonoro beso en el hocico.

—Ángel de mamá…

—Gérmenes —declaró la señora Rittenhouse.

El gato se acomodó lánguidamente y clavó una mirada impertinente en la señora Rittenhouse.

—He oído hablar de venenos que no dejan rastro, pero todo es muy vago y como de novela —dijo la señora Green.

—Veneno, jamás. Demasiado peligroso; demasiado fácil de detectar.

—Pero *supongamos* que hemos decidido librarnos de alguien. ¿Qué sería lo primero que haría?

La señora Rittenhouse cerró los ojos y pasó un dedo por el borde de la taza. Sus labios farfullaron unas palabras, pero no llegaron a decir nada.

—¿Pistola?

—No. Rotundamente. Las armas de fuego entrañan todo tipo de imponderables. De todas formas, no creo que las compañías de seguros cubran suicidios, que es a lo que debería parecerse. No, mucho mejor los accidentes.

—Pero eso sólo está en manos del Buen Dios.

—No necesariamente.

La señora Green, arreglándose un mechón de pelo descarriado, dijo:

—Oh, deje de andarse con acertijos: ¿qué me responde?

—No puedo darle una respuesta concluyente —dijo la señora Rittenhouse—. Depende tanto del escenario como de la situación. Ahora bien, si ocurre en un país extranjero la cosa es más fácil. La policía de Marsella, por ejemplo, no se interesó

más que de pasada por el accidente de Martin: su investigación fue tremendamente descuidada.

Una expresión de leve sorpresa iluminó el semblante de la señora Green.

—Entiendo —dijo despacio—. Pero esto *no es* Marsella. —Y acto seguido añadió, servicial—: Henry nada como un pez: ganó una copa en Yale.

—Sin embargo —continuó la señora Rittenhouse—, no es en modo alguno imposible. Déjeme contarle una declaración que leí hace poco en el *Tribune*: «Cada año hay más muertes causadas por caídas en la bañera que por todos los demás accidentes juntos.» —Hizo una pausa y miró con fijeza a la señora Green—. Lo encuentro bastante provocador, ¿no le parece?

—No estoy muy segura de seguirle…

Una sonrisa forzada se dibujó en las comisuras de la boca de la señora Rittenhouse; sus manos se movieron juntas, y las yemas de los dedos se unieron delicadamente formando un claro chapitel de venas azules.

—Bien —empezó—. Supongamos que la noche en que debe acontecer la… tragedia, algo parece ir mal con, pongamos, un grifo del cuarto de baño. ¿Qué hace una, entonces?

—¿Qué *hace* una? —repitió la señora Green, frunciendo el ceño.

—Hace lo siguiente: llamarle a él y preguntarle si puede entrar un momento en el cuarto de baño. Y señala el grifo, y luego, cuando él se agacha para investigar, lo golpea en la base de la cabeza, *justo aquí, ¿ve?*, con algo pesado y duro. La simplicidad misma.

Pero la señora Green seguía frunciendo el ceño.

—La verdad, no veo dónde está ahí el accidente.

—¡Si ha decidido ser tan literal!

—Pero no veo…

—Calle —dijo la señora Rittenhouse—. Y escuche. Bien, esto es lo que haría una a continuación: desnudarle, llenar la bañera hasta el borde, echar una pastilla de jabón y sumergir el cuerpo dentro. —Su sonrisa volvió, y se curvó en una medialuna más ancha—. ¿Cuál es la conclusión obvia?

Ahora el interés de la señora Green era total, y sus ojos estaban muy abiertos.

—¿Cuál? —dijo, respirando hondo.

—Que resbaló con el jabón, se golpeó la cabeza y se ahogó.

El reloj dio las seis; las notas se disolvieron en el silencio. El fuego se había ido apagando gradualmente hasta convertirse en un lecho de ascuas somnoliento, y pareció asentarse en la pieza un frío semejante a una fina malla de hielo. Los cascabeles del gato quebraron la atmósfera reinante cuando la señora Green lo dejó caer a plomo al suelo, se levantó y fue hasta la ventana. Separó las cortinas y miró el exterior; el cielo se había vaciado de color y empezaba a llover. Las primeras gotas perlaron el cristal, distorsionando un reflejo extraño de la señora Rittenhouse, a quien la señora Green le dirigió el comentario siguiente:

—Pobre hombre.

Donde el mundo comienza

La señorita Carter llevaba casi veinte minutos explicando las excentricidades del álgebra. Sally miró con disgusto las manecillas lentas como caracoles del reloj de la clase; veinte minutos más y la libertad, la dulce, preciosa libertad.

Miró por enésima vez la hoja de papel amarillo que tenía delante. Vacía. ¡Ah, bien! Sally echó una ojeada a su alrededor y observó con desdén cómo se afanaban sus compañeros de matemáticas. «Bobadas —pensó—. Como si fueran a triunfar en la vida por sumar un montón de números y operar con unas X que no tienen el menor sentido. Bobadas; espera y verás lo que consiguen cuando salgan al mundo.»

No estaba muy segura de qué era exactamente conseguir algo en el mundo o en la vida; pero sus mayores la habían incitado a creer que lo que le esperaba en un futuro con fecha concreta era una especie de horroroso calvario.

—Oh, no —gimió—. Aquí viene la Robot.

Llamaba Robot a la señorita Carter porque era eso lo que le recordaba, una máquina precisa, bien engrasada, perfecta y tan fría y brillante como el acero. Garabateó apresuradamente en el papel amarillo una masa de números ilegibles. «Al menos —pensó Sally—, esto le hará creer que estoy trabajando.»

La señorita Carter pasó junto a ella sin siquiera mirarla. Sally dejó escapar un profundo suspiro de alivio. ¡Robot!

Su pupitre estaba al lado de la ventana. El aula estaba en el tercer piso del instituto, y desde su asiento podía disfrutar de una vista hermosa. Se volvió para mirar hacia el exterior. Sus ojos se dilataron, y se volvieron vidriosos e invidentes…

«Este año nos causa un enorme contento conceder el Premio de la Academia a la mejor actriz del año a la señorita Sally Lamb, por su incomparable interpretación en *Deseo*. Señorita Lamb, ¿acepta usted este Oscar en nombre de los miembros de la Academia y en el mío propio?»

Una mujer de belleza espectacular extiende los brazos y recoge la estatuilla de oro.

«Gracias —dice la mujer con voz rica, profunda—. Supongo que cuando a cualquiera le sucede algo tan maravilloso como esto lo obligado es que pronuncie un pequeño discurso, pero yo me siento demasiado agradecida para poder decir nada.»

Y, dicho esto, se sienta con el aplauso de los presentes resonando en sus oídos. ¡Bravo por la señorita Lamb! ¡Hurra! Plas, plas, plas… Champán. ¿Os he gustado de verdad? ¿Un autógrafo? Por supuesto… ¿Cuál me has dicho que es tu nombre de pila, querido muchacho? Oh, francés… Jean… Muy bien… «Para Jean, un amigo querido. Sally Lamb.» Un autógrafo, por favor, señorita Lamb, un autógrafo, un autógrafo… El estrellato, dinero, fama, qué belleza, qué *glamour*… Clark Gable…

—¿Estás atendiendo, Sally?

La señorita Carter parecía muy enfadada. Sally brincó, sobresaltada.

—Sí, señora.

—Bien, entonces, si es que estás prestando atención, sin distracciones, quizá puedas explicarnos el último problema que he escrito en la pizarra.

La mirada de la señorita Carter se paseó altanera por el aula.

Sally miró con impotencia la pizarra. Sentía los fríos ojos de la Robot fijos en ella, y a aquellos mocosos riendo entre dientes. Los habría estrangulado de buena gana hasta dejarlos con la lengua fuera. Que se fastidien. Oh, bueno, estaba perdida…, números, cuadrados, las absurdas X… ¡Griego!

—Justo lo que pensaba —anunció triunfante la Robot—. ¡Sí, justo lo que pensaba! Has estado otra vez por ahí, lejos del aula. Me gustaría saber qué es lo que pasa por esa cabeza tuya; aunque seguro que no tiene nada que ver con el trabajo escolar. Una chica que es tan… tan… estúpida parece que debería al menos hacernos el favor de prestar atención. No eres sólo tú, Sally: molestas a toda la clase.

Sally bajó la cabeza y trazó pequeños y disparatados dibujos en el papel. Sabía que su cara se había puesto de color cereza, pero no iba a ser como los otros estúpidos y retrasados mentales que no paraban de soltar risitas y de seguir haciendo tonterías cada vez que un profesor los reprendía a gritos, aunque fuera la mismísima Robot.

SECCIÓN DE CHISMES

> ¿Quién es esta debutante de la temporada llamada Sally Lamb, a la que se vio coqueteando en el Stork Club con el *playboy* millonario Stevie Swift?

—Oh, Marie, Marie… —llamó la hermosa jovencita tendida en la enorme cama de seda—. Tráeme el *Life* nuevo.

—Sí, señorita Lamb —le respondió la remilgada doncella francesa.

—Date prisa, por favor —dijo la impaciente heredera—. Quiero ver si ese fotógrafo me ha hecho justicia; mis fotos vienen en portada esta semana, ya sabes. Oh, y tráeme también un alka-seltzer… Tengo un dolor de cabeza horrible; demasiado champán, supongo.

RADIO

> Chica rica debuta esta noche. El muy esperado acontecimiento social de la temporada presenta a Sally Lamb en sociedad en un fulgurante baile de diez mil dólares. ¡Quién pudiera permitirse ir! *Flashes, flashes*…

—¿Quieres llevar tus ejercicios a mi mesa, por favor? ¡Y date prisa!

La señorita Carter golpeteó con los dedos el tablero de su mesa.

Sally pasó la hoja ilegible de sus cuentas por encima del chico de cara rosada que tenía enfrente. Niños. Bobadas. Atrajo hacia sí la gran bolsa de mano a cuadros

escoceses, buscó en su interior y dio con una polvera de bolsillo, una barra de labios, un peine y un *kleenex*.

Se miró en el espejito cubierto por una película de polvo mientras se pintaba los labios preciosos. Frambuesa.

La mujer alta y sensual admiraba su imagen reflejada en el gran espejo dorado de una de las más espectaculares residencias de Alemania. Se metió un pelo rebelde en el ornado tocado gris plata.

Un caballero apuesto y moreno se inclinó sobre ella y la besó en el hombro desnudo. Ella sonrió con languidez.

—Ah, Lupé, cuán adorable estás esta noche. Eres tan hermosa, Lupé. Tu piel, tan blanca, tus ojos… Oh… No puedes imaginar lo que me hacen sentir…

—Mmm —ronroneó la dama—. En eso, general, se equivoca.

Alargó las manos hasta una mesa de mármol, cogió dos copas de vino, echó tres pastillas en una de ellas y se la tendió al general.

—Lupé, tengo que verte más a menudo. Cuando vuelva del frente cenaremos juntos todas las noches.

—Ohhh… ¿mi niño pequeño tiene que ir a ese sitio donde todos combaten?

Tenía los labios color de frambuesa muy cerca de los del caballero. Qué inteligente eres, Sally, pensó.

—Lupé sabe que tengo que llevar los planes de la estrategia militar, ¿no es cierto, Lupé?

—¿Tienes esos planes aquí? —le interrogó la encantadora quintacolumnista.

—Bueno, sí, por supuesto.

La mujer vio cómo el caballero iba desvaneciéndose, cómo sus ojos se volvían vidriosos y cómo parecía muy embriagado. Para cuando la Mata Hari hubo acabado su vino cosecha de 1928, el general estaba tendido a sus pies.

Se agachó y empezó a buscar en su abrigo. De pronto oyó pasos fuera y su corazón dio un vuelco…

Sonó una fuerte campanada. Los alumnos fueron saliendo atropelladamente por la puerta. Sally metió de nuevo en la bolsa sus cosas de maquillaje, recogió sus libros y se dispuso a irse.

—Un momento, Sally Lamb —la llamó la señorita Carter, indicándole que volviera. Otra vez la Robot—. Ven aquí un minuto… Quiero hablar contigo.

Cuando llegó a la mesa de la señorita Carter, ésta había terminado de rellenar un formulario, y se lo tendió a su alumna.

—Es una hoja para el aula de castigo; te quedas castigada toda la tarde. Te he dicho muchísimas veces que no quiero que te acicales en clase. ¿Quieres que todos nos contagiemos de tus gérmenes?

Sally se ruborizó. Era muy sensible a cualquier referencia a su anatomía, o a cualquier cosa que tuviera relación con ella.

—Y otra cosa, damita. No me has entregado los deberes. Bien, como te he dicho,

el que hagas o no los deberes es cosa tuya… No es asunto mío.

Sally se preguntó vagamente si algo humano podía ser asunto suyo, siendo como era un robot…

—… ya sabes, por supuesto, que vas a suspender esta asignatura. Es un misterio para mí cómo alguien puede perder el tiempo de esa forma. No lo entiendo; no lo entiendo en absoluto. Pienso que sería mejor que dejaras esta asignatura, porque, si te soy sincera, no creo que seas mentalmente capaz de aprobarla. Espera…, espera un momento…, ¿adónde vas…?

Sally había tirado los libros encima de la mesa y había salido de la clase corriendo. Sabía que iba a llorar y no quería hacerlo… No delante de la Robot.

¡Condenada Robot! ¿Qué sabe ella de la vida? No sabe más que ese montón de números… ¡Que se vaya al infierno!

Fue abriéndose paso por los pasillos atestados.

El torpedo lo había alcanzado hacía una media hora y el buque se estaba hundiendo. ¡Menuda oportunidad! Sally Lamb, la más destacada de las periodistas del país, estaba en el lugar preciso. Había rescatado su cámara del camarote anegado de agua, y allí estaba, sacando fotografías de los refugiados que se subían a los botes salvavidas, de los compatriotas sufrientes que pugnaban por salvarse en la mar embravecida.

—Eh, señorita —la llamó uno de los marineros—. Oiga, será mejor que se suba a este bote. Creo que es el último.

—No, gracias —le gritó ella por encima del aullido del viento y de las rugientes aguas—. Voy a quedarme aquí hasta que haya tomado nota de todo.

De pronto Sally se echó a reír. La señorita Carter y las X y los números parecían lejos, muy lejos. Era muy feliz allí, en medio del vendaval que le azotaba el pelo y con la Muerte a la vuelta de la esquina.

EPÍLOGO

La verdadera sorpresa no fue que Truman Capote hubiera escrito un montón de relatos y poemas siendo adolescente, sino que lo hiciera, a tan temprana edad, como el escritor que llegaría a ser. Eso fue lo que convirtió nuestro hallazgo en un tesoro.

Cuando acudimos a la New York Public Library para rebuscar en su legado —contenido en treinta y nueve cajas de cartón mal ordenadas, entre un montón de manuscritos mecanografiados llenos de anotaciones, garabateado en hojas de papel amarillo o en cuadernos de ésos que aún hoy pueden encontrarse por unos dólares en cualquier papelería estadounidense—, creímos que en la caja «High School Writings» (1935 a 1943) encontraríamos los garabatos inacabados de un joven imberbe.

Sabíamos que Capote contó que a los nueve o diez años ya había tomado la decisión irrevocable de convertirse en escritor, y que desde los ocho se pasaba las tardes frente a la máquina de escribir, pero no esperábamos que la mayor parte de sus obras de juventud fueran tan maduras. Maduras desde un punto de vista dramatúrgico y lingüístico, pero también sentimental; con gracia en el tono y, si es que existe tal cosa, repletas de inteligencia emocional.

Incluso su prosa más temprana satisface en muchos pasajes su propia autoexigencia como autor adulto: escribir frases sencillas y «límpidas como un arroyo de montaña». Hace entrever al lector un acceso natural a una verdad poética superior. Su elegante polifonía resuena desde sus primeros tanteos literarios. Muchos de los aquí recogidos datan de cuando tenía catorce, quince o dieciséis años. (Sólo podemos fechar con cierta exactitud el puñado de relatos que aparecieron en *The Green Witch*, la revista literaria de su instituto, algunos con la distinción «Primer o segundo premio de relatos cortos», aunque también podrían haberse escrito bastante antes, lo que no resultaría nada sorprendente dada la costumbre de Capote —que conservaría toda su vida— de reescribir una y otra vez sus textos.)

A principios de los años cuarenta, mientras fue alumno de la Franklin School de Nueva York y la Greenwich High School de Greenwich (Connecticut), sus frases ya desprendían esa melodía capotiana tan inconfundible. Unas frases que rezuman por todos sus poros el aroma a tierra abrasada por los largos y tórridos veranos de los estados sureños: ese aroma un poco rancio y lleno de lúgubres presentimientos.

Siguiendo su propio lema de que la disciplina es el fundamento del éxito, Capote aprendió el oficio de forma autodidacta (aunque más adelante contó con el apoyo de su profesora de inglés, que reconoció su talento y defendió al mal estudiante frente a sus colegas profesores). Capote pulía incansablemente cada palabra, cada imagen, probaba las formas, los colores y los géneros más variados: la disparidad entre un experimento formal como «Tráfico Oeste» y la caricatura sarcástica «Almas gemelas» da cuenta del amplio abanico que ansiaba abarcar.

Pronto consiguió hacer perceptible el presente como sólo la gran literatura es capaz de hacerlo: Capote envuelve al lector en la crisálida de su narración, como en

un sueño, y el lector, deslizándose a través del relato presa de la ensoñación, nunca despierta con el desagradable regusto de lo cursi. Demasiado auténticos, demasiado vívidos aparecen los sentimientos descritos; puros, universales y peculiares al mismo tiempo.

De hasta qué punto Capote se forjó a sí mismo como escritor dan testimonio las muchas correcciones y tachaduras de sus manuscritos, algunos repletos de notas al margen con su diminuta caligrafía, como excrementos de mosca. En ellas se encuentran varios motivos y figuras que Capote retomaría repetidamente años después (como la serpiente mocasín: a él lo picó una a los nueve años en la rodilla y, como en «La tienda del molino», una granjera le presionó la mordedura con gallinas abiertas a lo vivo para extraer el veneno con la sangre de las aves).

Cosa que hace pensar que el comentario al margen de «La tienda del molino» no es, como podría suponerse en un principio, la anotación de un profesor, sino del propio Capote, que releyó el relato con mirada severa. Nada le importaba más que la escritura, a la que en una ocasión describió como un «pequeño demonio» que lo había poseído cuando era niño. Un pequeño demonio que lo ayudaría a reformular su recién abandonada infancia en forma de paisajes del alma. Con cierta distancia, más espiritual que temporal, como si echara la vista atrás a través de unos prismáticos invertidos. Y al mismo tiempo con una asombrosa cercanía hacia sus personajes, a menudo niños. Y es que Capote era increíblemente capaz de ponerse en la piel de sus protagonistas, incluso cuando procedían de una realidad que no podía ser la suya (la de un chico blanco en el Sur estadounidense en plena segregación racial), ya fueran ancianas de color, viejos moribundos, enamorados o muchachas.

Siempre tuvo una clara visión de su carrera como escritor, firmemente decidido a ser famoso. Famoso y, con ello, destinatario del reconocimiento del mundo entero. Tal vez porque nunca dejó de ser ese niño abandonado, arrinconado, que echaba de menos a su madre, que luchaba por su amor aun a sabiendas de que era en vano; ya en su más tierna edad parecía ser consciente de la inutilidad de su anhelo.

Es posible que, al darle forma escrita, tratara de algún modo de enfrentarse a ella, de conjurarla a través de las palabras. (En «Esto es para Jamie», por ejemplo, expresa su deseo de una madre ideal.)

Todo el mundo está solo y desamparado, he aquí la premisa de todos los relatos de juventud recogidos en este volumen. Aunque Capote no titula ninguno de ellos con una sencilla palabra como «soledad»; más bien consigue generar este estado de ánimo a través del sustrato emocional de las narraciones.

En 1948, al publicarse *Otras voces, otros ámbitos*, su editor Robert Linscott se refirió a Capote como un tipo «muy seguro de sí mismo como artista, como artesano», pero muy inseguro como ser humano y con «todos los estigmas del genio».

Toda su obra se erige sobre las heridas de su infancia, sobre su vivencia como hijo indeseado (su madre quiso abortar) que nunca pudo experimentar el amor devoto

e incondicional de su madre y de su padre. A veces lo colmaban de expresiones de amor para acto seguido volver a cubrirlo de castigos e insultos. Pero, sobre todo, sus padres casi siempre estaban ausentes.

Él mismo describió la escena primigenia de este trauma en una entrevista: a los dos años, su madre lo encerró una noche en una habitación de hotel para salir a divertirse. De hecho, uno de los relatos que escribió siendo adolescente se titulaba «Sometimes I Feel Like a Motherless Child» (no figura en esta colección porque el Truman Capote Literary Trust, que gestiona la obra de Capote, no autorizó su publicación).

Truman Capote debió de ser un fenómeno excepcional, lleno de fisuras, desde su nacimiento. En *Matar a un ruiseñor*, Harper Lee retrató a su amigo de infancia como el excéntrico Dill. Una de las primeras frases del personaje reza: «Soy pequeño, pero soy mayor.» A los veinticuatro años, tras su sensacional debut, Capote coqueteaba con el hecho de que todo el mundo lo tomaba por un muchacho de doce años; si bien es cierto que él era capaz de escribir a los doce como otros a los cincuenta.

Como si se hubiera propuesto no pasar nunca de la pubertad, su voz se mantuvo siempre aguda y estridente como la de un colegial. Su voz narrativa, en cambio, era capaz de pronunciar auténticas verdades sobre la finitud de todo estado, sobre todo del amor. Unas verdades que la mayoría sólo alcanzamos a comprender tras una larga vida. Su enorme radicalismo como escritor se alimentaba de su desdichada infancia (y tristemente lo llevó a la muerte). De niño se sentía miserablemente desgraciado cada vez que su madre incumplía su promesa de vivir junto a él. Tan desgraciado que, en una de las innumerables ocasiones en las que se vio abandonado en Monroeville (Alabama) al cuidado de tres viejas tías, se bebió entero el frasco de perfume que su madre se había dejado olvidado.

En cada visita trataba de convencerse de que esa vez su madre se lo llevaría consigo, pero «al cabo de tres o cuatro días se largaba», escribiría más tarde, «y yo me quedaba en medio de la calle, contemplando cómo se alejaba en un Buick negro que se hacía cada vez más pequeño. Imaginaos un perro mirando, esperando, deseando que alguien se lo lleve. Ese perro es mi viva imagen en ese momento».

El perfume preferido de su madre, Evening in Paris, cuya estela olorosa dejaba tras de sí al marcharse, reaparece en el relato «Mojave», publicado en 1975: es el perfume que lleva un prostituto y que el protagonista de la historia no soporta.

Capote no pudo desprenderse nunca de su madre. Tal vez nadie pueda del todo, pero en su caso resulta francamente inquietante observar cómo, por un lado, atraía hacia sí el influjo de ella, por ejemplo haciéndola asomar en *Desayuno en Tiffany's* en la figura de Holly (o Lulamae Barnes, la muchacha sencilla venida del Sur que se convierte a sí misma en Holly Golightly, la dulce criatura amante del lujo, al igual que su madre, una ingenua belleza de pueblo llamada Lillie Mae Faulk, se reinventó como la glamourosa Nina Capote). Por otro, comprendió desde niño sus carencias como madre y como ser humano, lo que le provocó reacciones peculiares: aunque

muy pronto fue consciente de que a su madre le repugnaba su forma de ser delicada y afeminada, según ella afectada, nunca disimuló su condición homosexual, ni siquiera de adolescente. Sus compañeros de clase lo recordaban como un tipo raro que nunca se avergonzaba de sus rarezas, al contrario, se regodeaba en su papel de rarito, que escenificaba con fruición. Le gustaba ser el centro de atención y nada lo ofendía más que ser ignorado.

De todos modos, un niño abandonado, asustado, apenas tiene opciones: o se queda acurrucado, en silencio, en la esquina en la que lo han arrinconado, o ahuyenta la oscuridad interior y sale a la luz, bajo los focos. Truman Streckfus Persons decidió transformarse de niño triste en el célebre escritor Truman Capote.

Aunque su madre no dejó de desear un «niño de verdad», Truman no sólo se resistió a ser una persona convencional, sino que —y tal vez en eso residía precisamente uno de sus mayores talentos— hizo de su necesidad virtud: tras darse cuenta de que era especial, centró todos sus esfuerzos en serlo aún más.

Gracias a su talento logró conciliar las contradicciones de su propio ser: *outsider* desde siempre, ser defectuoso desde su nacimiento a ojos de las personas más importantes de su vida, Capote experimentó eternamente ese vacío elemental, pero precisamente por aquello que lo hacía peculiar y único, por aquello que su madre percibía como un defecto irreparable, se convirtió en el favorito de todos, en el *showman* que sabía seducir y divertir a todo el mundo, el tipo que se encargaba de descorrer el telón.

En 1946, en «El halcón decapitado» (incluido en la colección de relatos *Un árbol de noche*), Capote pone esta reflexión en boca de su protagonista Vincent: «Negó con la cabeza y se preguntó por qué la excentricidad siempre le provocaba esa curiosa admiración. De niño, la gente extravagante del carnaval le había despertado la misma admiración. Y siempre se había enamorado de personas que tenían algo un tanto equívoco, resquebrajado. De cualquier forma, era extraño que la misma cualidad que empezaba atrayéndole terminara por repugnarle[5]». Del mismo modo quiso Truman Capote a todos y cada uno de sus personajes, por muy maltrechos que estuvieran, y jamás traicionó a ninguno de ellos. (No hay que interpretar el uso de palabras como *negro* o *nigger*, corrientes en el lenguaje de la época, como un indicio de rechazo hacia las personas de color. Más bien al contrario, Capote escribe con mucha simpatía sobre la vida cotidiana de los negros en el Sur y utiliza los apelativos habituales con mucha prudencia.)

Siente con sus personajes, y así les da vida para nosotros. Ya de adolescente es capaz de explicar el amor a través de su pérdida, a través de todos esos momentos en los que se nos va.

Al cabo de cuarenta años, eso mismo fue su perdición: el 25 de agosto de 1984 moría en casa de una de sus últimas amigas, repudiado por la misma *society* que en su día lo había adoptado como favorito, a consecuencia de su adicción a los fármacos y el alcohol. A consecuencia de su viejo miedo infantil a perder el amor.

Atrás quedaban el deslumbramiento de los focos, los cálidos y pasajeros rayos de la fama, que Capote había soñado, a través de la colegiala Sally Lamb en «Donde el mundo comienza», como una promesa. Y, visto en retrospectiva, parece una triste ironía del destino que ya entonces anhelara esa bonita ilusión, aun sin olvidar hasta qué punto no es más que una ilusión. O bien, como dice al final de otro de sus relatos tempranos, «Hilda», en el que una muchacha de dieciséis años huye del despacho del director del instituto después de que éste la haya acusado (con razón) de robar:

«Al cabo de un rato dejó de dolerle. Abrió el libro de latín, voluminoso y verde, y, tras sus tapas protectoras, se puso a llorar quedamente, jugueteando de forma inconsciente con el llavero de cadena dorada que tenía en el regazo.»

Se trata del llavero que estaba en el escritorio del director, el mismo que éste había estado manoseando mientras la acusaba y que finalmente ella había sustraído. Como si Capote, como jovencísimo escritor, hubiera comprendido que uno tiene que robar algo al mundo, pero que su acto nunca quedará impune.

ANUSCHKA ROSHANI, editora de Kein & Aber
25 de agosto de 2015
[Traducción de Francesc Rovira]



TRUMAN CAPOTE, nacido en Nueva Orleans en 1924, sigue siendo uno de los autores más controvertidos de la historia de la literatura norteamericana. Criado por su tía después de que su madre le abandonara, Capote pasó su adolescencia junto a ésta y su marido en Nueva York, donde a la temprana edad de diecisiete años empezó a trabajar para el «New Yorker Magazine». Pronto su rigurosa escritura llamó la atención de los editores del país, publicando su primera novela, *Other voices, other rooms* en 1948. El éxito editorial vino acompañado del éxito social y el joven escritor pronto se convirtió en un asiduo de las fiestas y celebraciones varias de la alta sociedad. Tachado de frívolo e interesado, lo cierto es que la élite norteamericana que le rodeaba le sirvió de inspiración para escribir —cuando ya había publicado *El arpa de hierba* (1951)— *Desayuno en Tifany's* (1958), que posteriormente sería llevada a la gran pantalla. Sediento de experimentar con los géneros literarios, se aventuró luego en uno de sus proyectos más ambiciosos, *A sangre fría* (1966), la historia del asesinato de una familia de granjeros de Kansas, que el escritor había leído en el diario. Su intenso y laborioso trabajo de investigación dio los frutos que él se había propuesto recoger: crear una novela periodística, es decir, una obra que tuviera la credibilidad de una noticia, la inmediatez de una película, la precisión de un poema y la profundidad de la prosa. Después de empezar a escribir la polémica *Answered Prayers* —que nunca terminó, en parte por el escándalo que ella causó entre su círculo de amigos—, Capote cayó en una depresión que lo arrastró al mundo de las drogas y el alcohol. De hecho, después de esta obra inacabada su producción literaria menguó notablemente. Antes de morir, publicó *Música para camaleones*, una

recopilación de cuentos y entrevistas que anteriormente ya habían salido a la luz en las distintas revistas donde colaboró a lo largo de su vida. En 1999 se publicó en nuestro país *Los perros ladran*, un conjunto de textos inéditos que constituyen, en palabras del autor, «un mapa en prosa, una geografía escrita de mi vida desde 1942 hasta 1972». Recientemente también se ha publicado su epistolario (*Un placer fugaz. Correspondencias*). y *Crucero de verano*, la primera ficción de Capote —escrita en 1943— y que éste se negó a sacar a la luz.

Notas

[1] Capote, Truman, «Deslumbramiento», incluido en *Música para camaleones*, Barcelona, Anagrama, 1988. Traducción de Benito Gómez Ibáñez. *(N. del T.)* <<

[2] Capote, Truman, «Autorretrato», incluido en *Los perros ladran*, Barcelona, Anagrama, 1999. Traducción de Damián Alou. *(N. del T.)* <<

[3] Capote, Truman, «Autorretrato», *op. cit. (N. del T.)* <<

[4] Las leyes de Jim Crow: leyes de la segregación racial. *(N. del T.)* <<

[5] Capote, Truman, «El halcón decapitado», incluido en *Un árbol de noche*, Barcelona, Anagrama, 1989. Traducción de Juan Villoro. *(N. del T.)* <<